

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 29 DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El hermano definidor

HASTA hace poco, en el eterno problema de las relaciones entre la América inglesa y la América latina, la iniciativa, y hasta el derecho de iniciar, parecían monopolio de los Estados Unidos. Nuestro papel era, políticamente, pasivo—, por lo menos después de Bolívar— a través del periódico y del libro discutíamos mucho—y discutimos todavía—, «el peligro norteamericano»; a veces, los escritores proponían caminos eficaces de acción internacional, los juristas promulgaban principios, pero en el momento de obrar, con raras excepciones, los países latinos se cruzaban los brazos ante los Estados Unidos. Las naciones que comenzaban a tener gran significación internacional—como el Brasil, la Argentina, Chile—, se limitaban egoístamente a defender sus intereses políticos inmediatos. Así en 1897, ningún gobierno prestó oídos a la proposición de Hostos, residente entonces en Chile, de que las tres potencias meridionales declarasen la independencia de Cuba en su lucha contra España: con esta intervención tal vez se habría disminuido la excesiva y exclusiva tutela que los Estados Unidos asumieron sobre la isla.

Ahora, desde hace pocos años, y a medida que aumentan las actividades de los Estados Unidos en nuestra América, la actitud pasiva y expectante comienza a desaparecer. Hay todavía naciones enfermas de «inmovilismo», como dos o tres de Centro América: las hay que incautamente o por absurdo egoísmo, aceptan la ingerencia—, inocente al parecer, y por ahora—, del gobierno de Washington. Pero, desde luego, las naciones meridionales, especialmente la Argentina, se dan cuenta ya de que la distancia no les evita peligros: a lo sumo, los aplaza, y ahora que el capitalismo norteamericano ha descubierto que cabe en lo posible dominar desde Wall Street a cualquier nación, si se la halla desprevenida, sin necesidad de manifestaciones de fuerza armada, quizás no hay ni siquiera aplazamiento. Entre las naciones pequeñas, Santo Domingo

ha demostrado una capacidad de propaganda internacional, a tal punto superior a sus recursos económicos, que ha dejado sorprendidos a sus invasores. Y, sobre todo, México está asumiendo, desde la Revolución, el papel del que en las comunidades religiosas se llamaba «hermano definidor». México está indicando a los pueblos de su estirpe, que hemos de confiar en nosotros y sólo en nosotros; que si nuestro poder material es escaso por ahora, y no bastaría para oponerse al ataque de los extraños, la fe en nuestro porvenir, la conciencia de que tenemos personalidad original que desarrollar y defender, nos dará fuerza para resistir, no solamente a la presión política del Norte, sino a la presión diaria, incesante, del ejemplo y del éxito; sabremos oponernos a la conquista moral que sobre nosotros pretende ejercer una civilización incompleta e imperfecta, y que, si se realizara, nos tornaría pasivos ante la conquista militar.

En los Estados Unidos, el Partido Republicano, hecho a vivir de tradi-

ciones—, en realidad de rutinas—, cuenta todavía con el «inmovilismo» de las naciones latinas: el reciente discurso de Hughes, sobre la Doctrina Monroe lo demuestra. Y si no bastaran los comentarios de la prensa latino-americana para revelar que las proclamaciones de «pan-americanismo» no se reciben ya con el ingenuo candor de antes, el mensaje del Presidente de México al Congreso el día 19 de septiembre, lo probaría. Hay dos afirmaciones en el mensaje, que son signos de los tiempos nuevos: una, la reanudación de relaciones entre los Estados Unidos y México se realizó sin el tratado previo que la nación septentrional exigía; y otra, en la Conferencia de Santiago se abrieron paso las tendencias de los pueblos hispánicos, hasta el punto de modificar una institución hasta ahora dominada por los Estados Unidos: la Unión Pan Americana de Washington. En las asambleas de la Quinta Conferencia Pan-Americana dominó una sombra, como en escenas famosas de Shakespeare: la sombra del «hermano definidor», el espíritu de México.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(El Mundo, México, D. F.)

Un grave ejemplo

[Léase este reciente editorial de *El Tiempo* de Bogotá. Hay en él declaraciones que debieran meditar mucho los dirigentes del pueblo costarricense, éste ahora en vísperas de elecciones para renovar los poderes, y con el ánimo desencantado].

TREMENDOS golpes han sufrido en los últimos tiempos, en diversos puntos del globo, las instituciones democráticas que—a costa de cuánta sangre y cuántos dolores—se forjaron en el curso del siglo XIX. Ninguno de ellos, sin embargo, tiene para nosotros el hondo significado del cuartelazo con que en España se puso fin al régimen constitucional.

Legítimos descendientes de los peninsulares, nuestras costumbres políticas se desarrollan, en escena más reducida, en una parábola idéntica a

a la que en la Madre Patria ha culminado con el entronizamiento de la casta militar. Culminación sin duda a la que seguirá el descenso a un abismo sin fondo.

Se dirá que entre nosotros la tradición cívica tiene la más fuerte raigambre, y que el último de los golpes de cuartel se registró aquí el 31 de julio de 1900; se dirá que nuestra idiosincrasia rechaza las dictaduras; se hablará de nuestro amor entrañable a la libertad. Todo eso es verdad. En España también el último pronuncia-

miento militar tuvo lugar hace cerca de cincuenta años; en España la embriaguez de la libertad se anida en todos los cerebros; la prensa española es la más libre de la tierra; y sin embargo, el General Miguel Primo de Rivera tiene hoy en sus manos el Poder Ejecutivo, el Legislativo, y tal vez mañana el judicial.

Y es que en España, como aquí, el sufragio universal llegó a ser la más repugnante de las farsas, en la cual ya nadie creía; los elegidos del pueblo, no lo eran en realidad sino de los caciques; la ineficacia y la esterilidad del Parlamento, falseado ya por su origen bastardo, acabaron de desacreditar la institución; los políticos se sucedían a los políticos en el gobierno, y unos a otros se legaban la misma crisis y los mismos problemas, agravados naturalmente cada día. Y mientras tanto, al pueblo le faltaba trabajo y carecía de pan; las grandes extensiones eriales de España no encontraban una administración enérgica que las convirtiera en centros de producción. Y así llegó el momento en que de un golpe, un militar audaz echó por tierra toda la balumba constitucional, ante la indiferencia del pueblo, que acaso llegue a pensar, con un criterio simplista, si no es mejor para el país acabar con lo que sólo parecía un peso muerto.

Las mismas causas producen los mismos efectos, en donde quiera. El fraude electoral puede repetirse una, diez, veinte veces; pero no siempre. Piénsese en el largo trecho que llevamos recorrido de 1909 hasta hoy en el camino del completo descrédito del sufragio popular. Gracias a colosales esfuerzos—imposibles de realizar de nuevo—las masas han acudido en dos o tres ocasiones con entusiasmo a las urnas, para retirarse de ellas, dominadas, con razón, por el más absoluto desencanto. A falta de electores, creen los políticos—como sucedió ampliamente en el pasado debate—que bastan las papeletas; pero eso tampoco puede durar. No hay país ninguno que presencie impasible durante años y años, la fabricación de registros para enviar a las Cámaras a los representantes de la «soberanía popular». No se necesita ser profeta para aventurar que no pasará mucho tiempo, si continúa la corrupción electoral, antes de que venga el colapso del Parlamento, que ya no representará sino a los usufructuarios de las más nefandas combinaciones.

En vano administraciones conscientes de su deber, como parece ser la actual, tratarán de llevar a la rama ejecutiva los métodos renovadores y sanos que necesita el país, si falta la base esencial sobre la que descansa el edificio todo de la República: el ver-

dadero sistema representativo, salido del legítimo voto popular. La infección que corre al Poder Legislativo, invadirá, si no hoy, mañana, al Ejecutivo, y veremos aquí como en España, la no interrumpida sucesión de gobernantes, más ineficaces y acaso menos honorables, los unos que los otros.

La necesidad suprema, la que se desprende de la trágica lección que nos viene de España, es la de rodear al sufragio de las garantías apeteci-

bles para que el pueblo vuelva a tener confianza en el veredicto de las urnas; la de hacer de esta función esencial de la democracia, una verdad y no un engaño inicuo, que si llegamos—y casi hemos llegado ya—a hacer definitivamente odioso al pueblo el deber electoral, no faltará aquí un general más o menos invicto, que sepa presentarse como el salvador de la causa del orden, y haga lo que con tan buena suerte acaba de realizar en la Península Primo de Rivera.

La democracia y la política exterior

EL interés del pueblo americano por el conocimiento de los problemas de política exterior ha cobrado una poderosa intensidad en los últimos años. Se considera con razón que una democracia llamada a decidir por sí misma de sus destinos tiene la obligación fundamental de conocer plenamente los hechos frente a los cuales se encuentre o las situaciones que pueden surgir en el desarrollo de su historia. Este concepto lo expresó en admirable y sabio discurso el Presidente de la Universidad de Harvard, Mr. Abbot Lawrence Lowell cuando habló que el sentido consciente de los deberes personales era una democracia. El Profesor Lowell hacía uso de la palabra para inaugurar las sesiones del Institute of Politics, de Williams-town, Massachusetts, en 1921.

El proyecto de fundar el Institute of Politics fué concebido pocos meses antes de estallar la Gran Guerra. Pero no vino a ser una realidad sino después de extinguidos los ecos de la magna catástrofe que segó en flor las más selectas energías de Europa y aún del mundo. El objeto del Instituto es promover los estudios de la política internacional y estimular un entendimiento

cada día mejor de los problemas y las relaciones entre Estados. Así definió las aspiraciones del Instituto, el Presidente de Williams College, Mr. Henry August Garfield en la apertura de las primeras sesiones. En medio del risueño escenario de Berkshire Hills, entre los campos suaves y atractivos de Nueva Inglaterra, se levantan majestuosos y simpáticos los edificios de Williams College. Dentro de sus muros han buscado hospitalidad los hombres que persiguen en franco y sincero cambio de ideas, el dominio de una política de buena voluntad, de equidad y de simpatía entre los Estados. El Instituto no es sólo centro de disertaciones académicas sino hogar de discusión libre de donde salen a la luz en controversia intelectual diversas y antagónicas concepciones. Los trabajos de este año principiaron el 25 de julio y han de terminar en la misma fecha en agosto. Como los de años anteriores han sido fecundos en debates que iluminan las varias facetas de política internacional europea y americana. La tribuna de las conferencias ha estado abierta a mentalidades autorizadas, sin limitación de pueblos, ni ideas, ni de intereses en el alto sentido que este vocablo debe tener cuando se trata de colectividades humanas. Para dilucidar las angustiosas incógnitas que Europa tiene ante sí han hablado Sir Edward Grigg en tranquila exposición de los puntos de vista de la Gran Bretaña; Cannon Ernest Dimnet para defender la política de Francia y el Conde Harry Kessler para pintar la situación de Alemania y trazar el bosquejo de las aspiraciones democráticas del antiguo Imperio. Dentro de la serenidad espiritual que impone el ambiente de Williams College casi podría decirse que la contradictoria enunciación de las tendencias y los propósitos de esos pueblos se reflejaba como una llamada de las batallas cuyo desenlace estuvo confiado a la sangre y al valor

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

personal y no a la tranquilidad del raciocinio.

Sobre nuestro propio continente los problemas internacionales de las Américas fueron igualmente debatidos. Tal estudio lo cumple especialmente la *roundtable* que preside el Profesor Rowe, una de las personalidades americanas más sinceramente idealista, más claramente comprensiva y más entusiastamente devota de la política de aproximación, cordialidad y conciliación entre los Estados Unidos y las Repúblicas hispanas. Basta enunciar algunos de los tópicos tratados para apreciar la importancia de ellos: la Doctrina Monroe fué analizada desde el punto de vista de su propósito cuando fué formulada, de su aplicación en el curso de la historia, de la influencia que han tenido condiciones variables sobre el contenido y la aplicación de la doctrina. Y por último su presente significación con especial preferencia a la actitud de las Repúblicas latino-americanas.

México, sus problemas y su actual momento internacional, fueron materia de un estudio que se remonta a los

tiempos que precedieron al Porfiriato, los que trajeron luego la revolución de Madero y llevaron por último a la actual legislación agraria de ese país.

No menos importantes y dignos de viva atención fueron los estudios sobre los Estados Unidos en el Mar Caribe y con especial preferencia a sus relaciones con Haití y Santo Domingo; los presentes problemas de la América Central y la situación que se levanta con el arreglo de la controversia entre Colombia y los Estados Unidos con motivo de los sucesos de Panamá en 1903.

En la tribuna libre del Institute of Politics, tribuna realmente científica, en ambiente de estudio y de meditación serena, diplomáticos, jurisconsultos, diaristas, universitarios, aportan elementos para una amistad sincera y leal de las naciones, ideal generoso que no por difícil de obtener es menos merecedor de tenaz empeño para servirlo.

ENRIQUE OLAYA HERRERA

Williamstown, Massachusetts.
Agosto de 1923.

(Cromos, Bogotá).

los largos dominante, que todos esos «ismos» pueden considerarse aisladamente, y se les mira en sus extravagancias de escuela y sus características, si acaso declarándoseles en muchas ocasiones como cosas «que no valen la pena discutirse», que sencillamente son «disparatadas»; nada más cómodo que emitir una opinión de esa índole.

Han pasado algunos años desde que don Andrés González Blanco, refiriéndose a su poeta amado, escribía, ya haciendo historia: «...Y esta evolución *hacia adentro* de la poesía moderna, entre paréntesis, iniciada en América Latina, ha encontrado eco en España; no sólo en la refinada y sutil lírica de Rubén Darío y de sus discípulos, sino que viene iniciándose ya desde la época en que Rueda reinaba como dueño y señor, *Imperator Augustus* de la lírica española, especialmente a partir de 1900...» En esta fecha, 1900, (estaba Darío en España), o alrededor de ella, apareció el nombre de *modernista*, «inventado para provocar la hilaridad con su sola pronunciación»; la crítica era hostil con aquel a quien hoy se llama Maestro, y se le juzgaba demente, desequilibrado, «se hacía rechifla de sus descoyuntamientos prosódicos y métricos». Después del triunfo del artista, apenas algún escaso de noticias clamaba por el quebrantamiento de las reglas métricas, pero no encontraba ya acogida: el campo estaba libre. Cuando Darío prologaba sus «Cantos de Vida y Esperanza», consignaba, a manera de advertencia, aunque ya libre de las rechiflas y admirado: «...la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres. Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas». Y mucho más adelante, Lugones escribía el nuevo Evangelio: «A pensamientos nuevos, nuevas formas de expresión».

La forma, sin embargo, sigue tocando como condición primordial a las muchedumbres, que la ven antes que todo lo demás, que es todo, en las nuevas escuelas literarias; se llega hasta el ridículo de llamar *modernista*, genéricamente, a cuanto escritor se exprese con libertad de metros.

Cabe aquí consignar que no nos proponemos hacer la defensa sistemática de todas las nuevas escuelas en todas sus manifestaciones; jamás. Ello sería subordinar a los efectos las causas, cuando muchas veces aquéllos perduran después de desaparecidas éstas; someter nuestro criterio a las analogías o semejanzas que la imaginación puede encontrar en todas las cosas; disponer nuestro entendimiento para aceptar lo que debe ser motivo de reflexión; maniatar, en una palabra, nuestra manera de pensar, que entraña la de ser. Pero el estado de ánimo que tal hiciera

1) Al margen de los "Fantaseos"

de Andrés Avelino⁽¹⁾

INSISTENTEMENTE, al pensar en estas cosas, se viene a mi memoria la concepción de Ruskin: «Su vida—, la del artista—, no tiene más que dos fines: ver y sentir». Con su acostumbrada precisión, en estas palabras señaló la barrera infranqueable entre el amplio campo de acción en que, sin restricciones y sin prejuicios, el artista vuela libremente hacia lo desconocido, en su constante búsqueda de lo eterno, lo divino, lo verdadero, y el limitado campo de acción en que el crítico analiza, con la frialdad científica de su razonamiento y lo positivo de los hechos, el fruto del artista. No afirmaba el sajón, como muchos creen, que el artista no debe tener temperamento crítico; un tal artista no podría cumplir con uno de sus fines, tal vez su fin primordial: ver; y no cualquier cosa, ni determinada cosa, sino todas las cosas; ni afirmaba que el crítico no debe tener temperamento de artista; carecería entonces de material para su obra. De donde se deduce que ambos ven y sienten; el uno, con ojos y corazón que no han podido catalogar los

psicólogos, lo que ha estado invisible, lo que jamás se hubo sentido o lo fué imperfectamente; el otro, con los ojos y el corazón humanos, lo que el artista le ha hecho ver. Cuando el artista, en los arranques de su temperamento, piensa en el crítico y se subordina a él, nada nuevo nos dice; se atrofia, se convierte en un mero sustentador del ambiente en que vive, está aprisionado por su medio, plagia o repite en la mayoría de los casos, si no en todos; deja de ser el artista de Ruskin. Algo semejante, así de anormal, resulta también del crítico que, para disimular alguna deficiencia suya usurpa el campo del artista, traspasa la barrera allende la cual deja de ser crítico, para decir al artista: no le entiendo, no veo nada, Ud. nada dice; por lógica consecuencia, yo, crítico, afirmo que Ud. no es artista. Lo primero es un fenómeno repetido constantemente en el transcurso de los siglos, cuyos efectos apenas si tenemos sospechas de poder lamentar; lo segundo ha sucedido siempre que aparece un misionero, un precursor, un genio, un innovador sobre la tierra; y es precisamente lo que en nuestros días ocurre, dentro del campo de la literatura, con la aparición de las tantas escuelas: altruísmo, novismo, cubismo, etc., etc.

Créese, por una mayoría a interva-

(1) Andrés Avelino es uno de los más queridos discípulos de Domingo Moreno Jiménez, poeta dominicano fundador del «postumismo». Véase Andrés Avelino: *Fantaseos*, Santo Domingo, 1921.

sería tan ridículo como el que sistemáticamente se opone a las nuevas escuelas literarias, encontrando en ellas indefectiblemente el absurdo. Ni en uno ni en otro extremo; con la más amplia libertad de nuestras fuerzas mentales, observaremos, en Andrés Avelino, lo que nos ha parecido digno de observarse. Y ahora, prosigamos.

Bastan estas citas fundamentales para comprender que la evolución *hacia adentro*, iniciada desde antes de 1900, ha encontrado abierto campo en los temperamentos de Latino-América y el Viejo Mundo. Ha transcurrido desde sus primeras manifestaciones un cuarto de siglo, y hay quienes se extrañan de tantas escuelas literarias sin hallarles explicación ni propósito ni origen.

El movimiento, digamos, ese fenómeno, ha seguido su curso; hoy con razón se le ha llamado desbordamiento; y es que sus manifestaciones son poderosas y múltiples: nos circunda, nos sorprende en nuestro más escondido retiro, y nos envuelve, nos arrolla, llega a atolondrarnos. Hay cierto romanticismo que no es romanticismo, una especie de suprasensibilidad que pudiéramos llamar ingenua; no encontramos hoy día poetas, poetas de las nuevas generaciones, que nos hablen, como antaño, de las bellezas externas y vibrantes de la naturaleza que nos rodea; (no voy al decir así con la filosofía estricta que admite al hombre apartado de la naturaleza); todos nos hablan de lo que un recuerdo, una emoción, les hace descubrir en su alma, algo que está ligado con su vida, con lo más profundo de su vida, con su alma, en fin, que es decir, con la vida de todos, y que son precisamente los puntos de relación en que se esconden los principios vitales de todos los seres, de todas las cosas del universo, acercándose así a los oscuros e insondables misterios.

Este fenómeno que se opera en la poesía de nuestros tiempos se nos presenta en muy diversos aspectos, muy distintos puntos de vista que pueden y deben contemplarse, y que, aunque diferentes entre sí, tienen el mismo origen, llevan una misma fuerza, representan el mismo hecho de la evolución *hacia adentro*;—y van, indudablemente, a un mismo fin, a un fin común lejano, aún cuando pareciera que las corrientes divagan hacia distintos rumbos.

Las diferencias que se notan entre unos y otros, son, podemos adivinarlo, únicamente de forma. En la poesía nueva encontraremos diversidad de formas, o digamos más claramente, diversidad de «recursos» de los poetas; podríamos aquí enunciar algunos de esos recursos, en términos generales; sus efectos, sus perfecciones de expres-

sión, sus cualidades de certeza y precisión se discuten y analizan corrientemente con admirable criterio, y en eso no entraremos durante el curso de estos apuntes, en la dirección de estas ideas. Lo otro, lo que causa la imperiosa necesidad de esos recursos, esto es, la influencia de la evolución hacia adentro, es lo que trataremos de examinar siguiendo las páginas del libro de Andrés Avelino, y sin que tengamos para ello ningún antecedente que pueda servirnos de orientación.

Algunos de esos «recursos» podríamos enunciarlos aquí; obedecen ellos a las diversas condiciones de inteligencia, ilustración, o imaginación de quienes escriben; los poetas expresan, o intentan expresar, la profundidad que descubren en su alma, en la forma que mejores condiciones ofrece a su intelecto, o que mejor comprenden; los unos externalizan sus concepciones en las difíciles espontaneidades del verso libre; otros recurren a frases incoherentes al parecer y que a primera vista causan antipatía; los hay que, con el mismo fin que éstos, de dejar a la capacidad receptiva del lector la adquisición de ideas que pueden concebirse en múltiples formas, y que, por consiguiente, no pueden ni deben precisarse, inventan términos y giros de palabras y hasta frases enteras que suscitan el advenimiento de ideas que se sugieren; hay quienes, más incomprensibles aún, colocan las palabras sueltas, regadas, a veces una en cada página, a veces agrupadas dibujando círculos, triángulos, arañas, torres, etc., y ofreciéndonos una literatura a veces ridícula, a veces hasta indecorosa. Y el estado de ánimo, ante estos hechos es el mismo —¡Dios mío!— que se tuvo ha poco con Rubén. Otra vez la posición acomodaticia en que nos colocaron desde la escuela primaria; nada más cómodo que, sencillamente, opinar que todas esas cosas son absurdos, sin examinar siquiera uno de sus puntos primordiales, sin haberlos visto siquiera, sin saber siquiera que existen. Darío, y Rueda, tuvieron muchos absurdos, seamos menos rigurosos, incurrieron en muchos errores; pero esos pocos errores, no son inconveniente para que ellos sean los innovadores de nuestra poesía moderna; y errores todos los genios los han cometido; mas no conoceremos los errores de nadie sin haber conocido sus cualidades.

Un argumento en contra de las nuevas escuelas literarias podría surgir en este momento, y es la complejidad de ellas. Es un argumento de crítica fácil; la complejidad significa en quien la atribuye un mucho de incompreensión; quien la objete se coloca en un caso algo semejante a los que increpan a las nuevas escuelas porque no se entiende lo que dicen. Sin em-

bargo, el punto tiene un aspecto importante, y es saber hasta dónde la complejidad es defecto de quien la encuentra, y desde cuándo es capacidad superior o categórica en el artista; mas a este aspecto tan importante de la crítica no se llega cruzándose de brazos y emitiendo una opinión inmediata, sino por medio de un serio examen del asunto.

Clarín admitía desde sus tiempos que el arte sería cada vez más complejo; y agrega: «la falsa sencillez a que aspiran, como a irracional y delérea reacción, los perezosos y los impotentes, no será más que uno de tantos tópicos, como inventa el ingenio secundario, que es el que siempre se opone a la corriente poderosa que señala la dirección del progreso». Y, además, cuántas cosas nos gustan por su sencillez; cuántas por su vibrante claridad; cuántas por lo complejas; cuántas por lo compendiosas; cuántas por su sombrío misterio; y en todas ellas, es el arte el que nos hace vibrar el alma.

Para hacer un ensayo de señalar en los versos de Avelino la influencia de la evolución *hacia adentro*, no en cuanto a los recursos, sino en cuanto al fondo, hemos agrupado los versos de «Fantaseos» en cuatro grupos, que obedecen a cuatro grados de elevación o intensidad: 1º Expresión de lo que llamaríamos «inexpresable», o difícil de expresar; ese estado de alma en que nos decimos: siento, o veo, algo que no puedo expresar. 2º Revelación de los matices del alma del artista; con motivo de acontecimientos de la vida que se han grabado en el alma y que, ya por la significación que tuvieron, ya por la estación o el lugar, ya por cualquiera otra causa, dejaron en el sujeto cierto carácter, cierto concepto mental, un matiz indeleble, que imprime color a todas las ideas correlativas; y aquí, no sólo el tiempo, ni sólo el decorado de la escena; también nuestro pensar, nuestro sentir, desde luego; pero, además la significación que el hecho tuvo en la evolución del alma. 3º Expresión de los hechos emocionantes sin expresar la emoción; el poeta no nos describe su emoción, sino los hechos que tienen la facultad irresistible de causarla; hay como una serenidad en el ánimo del poeta. Y 4º Observación de los motivos irreales; de esos hechos que se suceden sin que sepamos por qué, ni para qué, ni cómo, y que parecen obedecer a fuerzas desconocidas.

Y antes de ilustrar con algunos ejemplos, cabe observar, primero, cuán estrictamente las agrupaciones se suceden hacia una elevación desde otra elevación; del dominio de las fuerzas intelectuales, que permite la expres-

sión de lo al parecer inexpresable, pásase al conocimiento de la naturaleza personal, a la conciencia del propio ser, para entrar luego al dominio de las emociones, a la tranquilidad, a esa serenidad poderosa de que nos hablan las teologías, y luego sentir la influencia de las fuerzas sutiles de la naturaleza superior, como si se tratara de una iniciación. Y segundo, en cuanto a la forma en que nos está presentado el libro de poemas: numerado de uno a sesenta y dos los poemas se suceden en las páginas, sin nombre alguno; mientras que, en la primera página, después del prólogo de Moreno Jiménez y la tierna dedicatoria «Para mi madre», en el índice se dividen en «Transición», de uno a veinticinco, y «Postumismo», hasta el final, y, frente a cada número romano, el nombre del poema; nombre que sólo en el índice aparece y que es la clave del verso, tan hondamente ligado a él, tan indispensable para poseer su propósito, que el índice es otro poema; dijéramos, el poema del espíritu de todo el libro. A él deberemos recurrir a cada momento durante nuestra lectura.

Las Fantasías III y IV nos ofrecen el primer ejemplo de la primera agrupación; en ambas se refiere el poeta a la mujer ideal; los poetas dicen, de ella, algo que es como «no puedo expresarlo»; Avelino tampoco puede expresar cómo es su mujer ideal; pero observa eso, nota que no puede expresarlo, y entonces expresa eso precisamente: la sutileza de la imagen escapándose a su imaginación, o no, a su expresión. La III llámase «Fantasía Alada»; y el poeta recurre, después de darnos una idea de la mujer, a decirnos que, a pesar de eso,

ni aún imaginada en mi pensamiento cabe;

de modo que la idea que antes teníamos no es precisamente la que él quiere expresarnos, sino otra más sutil, más alada; supone que él mismo pudiera concebirla, y, cristalizándola en el mármol, darle forma vibrante; pero nos dice que aún pudiendo él concebir bien la mujer que concibe, ella no sería, sino otra más sutil, más alada;

quedando como enantes mi fantasía alada
anhelando una novia...

Asimismo, en la Fantasía IV:

tan frágil que su talle se rompa entre la seda
del pensamiento mío...

Un poema que dará clara idea de esta facultad de expresar lo que vagamente concebimos, es la «Fantasía Vaga»; veamos si en verdad, como en las anteriores el poeta nos describía algo alado, en este poema nos describe algo vago:

En un recodo majestuoso
de penumbras,
destacándose levemente
va este croquis de escenario nipónés:
Sobre un lago de estancadas pensativas
[aguas verdes,
mudo espejo silencioso enamorado
[sempiterno
de los lotos,
luz muy vaga
desplegándose entre sombras,
como sedas vaporosas
tras de otras más aún;
como vuelo de muy leves mariposas
percibido por un ciego
en la honda hiperestesia
de su íntimo sentir;
como pliegues y repliegues
de sombras sobre sombras
de sedas sobre sedas,
luz muy vaga
desplegándose entre sombras
como sedas vaporosas
tras de otras más aún...
Y sobre esta vaga sinfonía de vaguedades,
como la más grave nota de la más grave
[escala

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios», que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

YA LISTOS:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía*.
R. Brenes Mesén: *Las Categorías Literarias*.

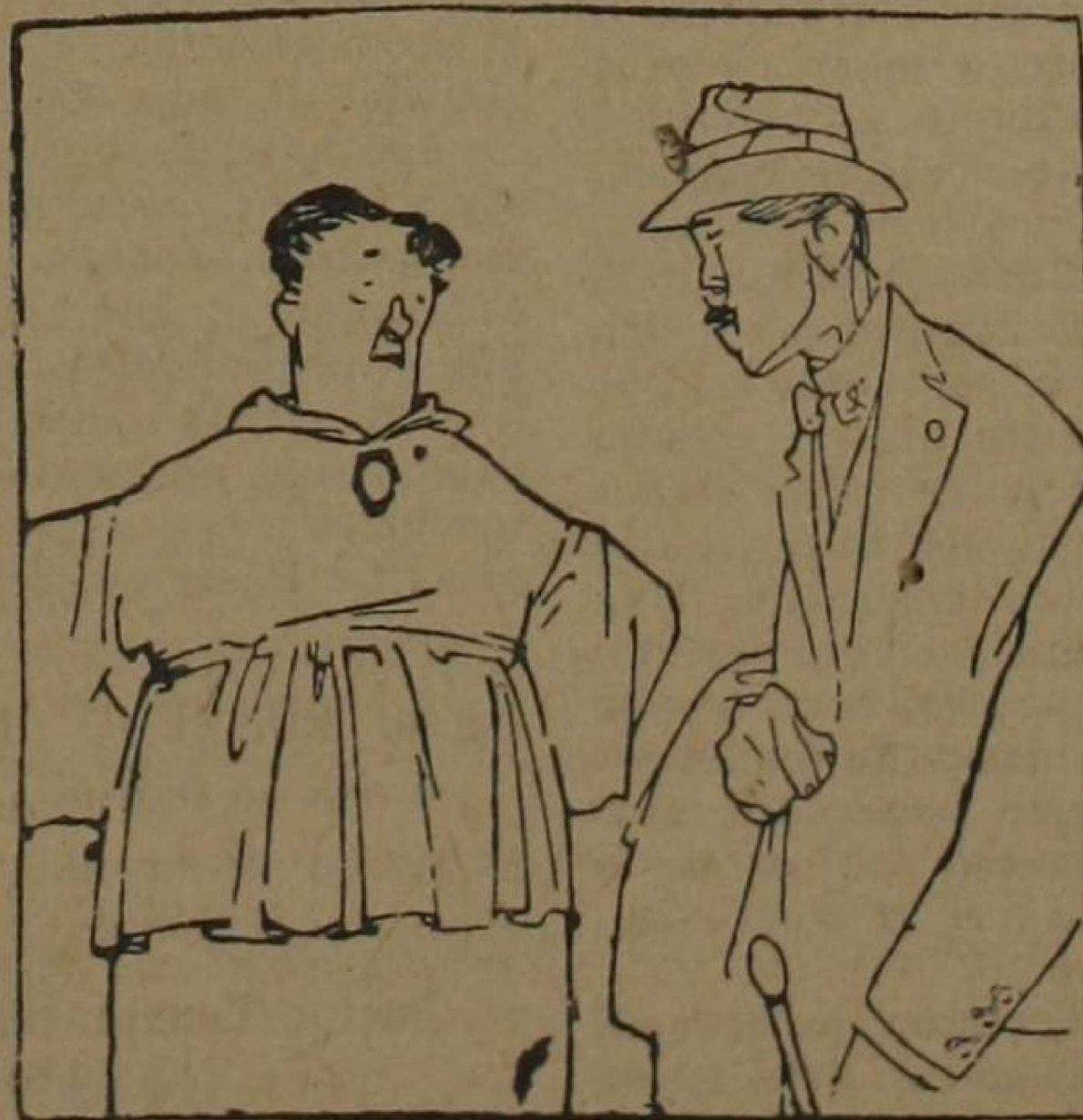
Precio de los cuadernos: \$ 1-00

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

RAFAEL ESTRADA



ELLA.—Siempre vienes cansado de la Cámara,
¿por qué?

EL.—Porque me resultan muy incómodas las curules pa dormir, hija.

POT GARCÍA CABRAL

(Excelsior, México, D. F.)

del silencio,
como pliegues y repliegues
de sedas sobre sedas,
como pliegues y repliegues
de sombras sobre sombras,
escapándose levemente
al vuelo de la fantasía,
pasa una casi
inimaginada figurilla
de mujer...

Esta misma facultad de expresión, como su grado máximo de plenitud, descúbrese también en el poemita que se llama «Fuga»:

Me huyes? Hasta tú me huyes?
Tú, la que soñé yo ingenua!
Tú, la que imaginé yo blanca!

Tú, la que vine a buscar al corazón de la [selva;
Tú, la que extraje de la entraña de la roca,
me huyes? Pues no eras tú:
es más lejana la que yo buscaba.

Nos lo descubre el nombre de esta preciosa miniatura: «Fuga». De la misma manera que en «Fantasía Alada» y en «Fantasía Vaga» se condensan pensamientos fugaces, que se posan en nuestro cerebro si acaso un instante, que el poeta ha retenido en su imaginación y descrito, el poemita nos permite recordar ese estado inconforme de nuestra mente, inconforme con lo asequible que hemos idealizado hasta lo inasequible, y que es en realidad como la sensación de algo que huye; a esto nos lleva, no el motivo, no el recurso tan delicado del verso, sino su nombre; nos lo da el Índice: «Fuga». La fuga, no como un hecho, sino como la descripción de un estado mental difícil de expresar.

Dempsey, el hombre más bruto del mundo

New York, setiembre 15

ANTE la pelea Dempsey-Firpo, el Continente se ha estremecido como si fueran a chocar los Andes contra las Montañas Rocallosas en una catástrofe cósmica, semejante a la del Japón. Y sin embargo, no era para tanto; si algún americano o sajón hubiera ido a México a competir con Gaona o Silveti, a matar toros mexicanos, hubiéramos sonreído con infinitamente mayor desprecio de como han sonreído los americanos ante Firpo, aspirando, sin preparación alguna al campeonato mundial de box. Es que el box es un deporte absolutamente sajón, el idóneo para las cualidades de la raza fría, prudente y calculadora. En el box no hay heroísmos a base de valor, sino problemas de mecánica dinámica, triunfos fríos a fuerza de impactos y resistencias del dominio de la maquinaria o sea que de las estructuras con materiales de construcción han sido transportados a los nervios, los músculos y los huesos del cuerpo humano.

No hay en este deporte inteligencia ninguna como hay en la esgrima latina o en el jiu jitsu japonés. Esto es tan cierto que no existe animal alguno que tire esgrima ni juegos de jiu jitsu y hay kanguros boxeadores. Brisbane, periodista americano, repite a cada instante que un chimpancé podría derrotar a Dempsey y un gorila a diez campeones juntos; pero a nadie se le ha ocurrido que algún animal pueda derrotar a algún esgrimista o a un jitjitsuita japonés practicando estas artes, ni tampoco burlar toros y jugar con ellos como un mediano torero. La actividad de golpear con manos y pies es pies, cosa de cuadrumanos o de cuadrúpedos. El florete, la lucha japonesa, toda inteligencia y conocimiento anatómico del cuerpo humano, son cosas en que interviene el espíritu que es sólo de los hombres. Para golpear con manos o pies no se necesita más que la fuerza bruta y un ejercicio obstinado. Una mula mañosa superior, en ese sentido, a un caballo de carrera, hace mucho tiempo abdicó en favor de los antropoides que se llaman boxeadores profesionales, la facultad de patear o manotear que para el caso, es absolutamente idéntico.

Por todo lo expuesto, no concedí jamás importancia a la derrota de Firpo, prevista en mis crónicas desde hace varios meses. Jamás ví en Firpo, buen muchacho "obligado a pistón" por una patriotería inocente y extraviada, un representante de las virtudes de mi raza. Todos sus triunfos

pugilísticos aún después de haber vencido a Dempsey hubieran conmovido mucho menos mi orgullo racial que un solo verso de Lugones. Tampoco los triunfos de Dempsey me han hecho jamás admirar a esta nación de quien admiro y envidio las bibliotecas, los museos y ciertas virtudes cívicas y sociales y el estro de alguno de sus poetas mucho menos popular que Dempsey (se llamó Edgar Poe y murió casi ignorado y miserable). En cambio detesto ese espíritu troglodita y gregario en virtud del cual la cultura espiritual, la verdadera, la artística y literaria, lucha desesperadamente por alentar y ser reconocida como un fin social y, en cambio, el pugilista patán y estólido es aclamado, es idolatrado hasta el fanatismo, ignominiosamente.

Algún día del futuro, no muy lejano, se recordará como un crimen de lesa humanidad que trabaja ocho horas dentro de las minas de carbón y se vuelve tísica en las fábricas, el hecho de que ayer, 14 de setiembre de 1923, el puñeteador Dempsey haya recibido medio millón de dólares por abofetear a Firpo, muchachote buenazo que no tiene la culpa de haber sido convertido en símbolo racial por un grupo de ilusos y arrojado como carnaza a las fauces de Dempsey, «caimán cebado» del ring, para enriquecer a éste, y a Tex Rickard, que en asuntos de box y en buen español es lo que se llama «un tagarote».

Pero quizás ni Dempsey ni Tex Rickard, el empresario, ni Firpo tienen la culpa de nada. Sin quizás, el público, el «gran galeoto», el monstruo, es el culpable de todo. Ayer en la noche y los días anteriores ha gritado: «Dempsey y Firpo», como en la antigua Roma gritaba: «pan y circo». Fué ese público que pugnó por pagar un millón y medio de dólares para ver la pelea, la menos «short» que pudiera combinarse, porque todos los que entendemos más o menos de box sabíamos que Dempsey vencería a Firpo,

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

usando el gráfico proloquio vulgar, «como quien roba a un borracho». Aquí llaman a eso: «quitarle su caramelo a un niño». Todos los escritores lo sabían y lo dijeron; Dempsey y Tex Rickard lo sabían y lo callaron, como que el silencio que en muchos casos es oro, en este valía más de un millón de dólares. Otros lo sabían y pagaron y fueron a ver la pelea como aquel borrachín a quien le decían: «no tomes alcohol, porque puede ser de madera», y el, resignado fatalmente contestaba: «¿pero cuál he de tomar, si no hay otro?». Algunos más, fueron como los taurófilos que sólo van a la plaza esperando ver una cogida, perversamente. Pero aquí el cogido y ferozmente, fué el toro, el Toro Salvaje de las Pampas. El marrajo, el «de sentido», el «que sabía más que un abogado», fué el matador Dempsey en compañía del director de cambio de suertes, Tex Rickard, el tagarote. Los villamelones fueron los que creían que Firpo triunfaría y que su triunfo sería un prestigio para la América Latina. Yo fuí a ver ese «asesinato con guantes» por puro deber profesional, seguro del golleteazo. Pero una hora antes de la «corrida» he estado en «Orientalia», centro de cultura, conversando con la famosa artista comediográfica Ruth St. Denis, y un americano me preguntó:

—¿Espera usted que Firpo triunfe, señor Tablada?

—No; absolutamente.

—¿Ni lo desea usted?

—Tampoco, porque eso equivaldría a que un latino-americano fuese el hombre más bruto del mundo.

Si después de estas razones no se consuelan los partidarios de Firpo, es porque no quieren consolarse. Una profecía a largo plazo: si como tiene derecho Firpo dentro de un año, después de un entrenamiento inteligente hecho por americanos que entienden de box, pide a Dempsey un «return match» o pelea de desquite, Firpo será oficialmente «el hombre más salvaje del mundo», es decir, campeón mundial de box. En realidad, ayer en la noche hubo un minuto en que el heroísmo latino, que tiene alas de milagro, pareció bajar rasgando el cielo para coronar de laurel las sienes de Firpo. Fué cuando arrollado por una formidable embestida del argentino, el campeón Dempsey fué a caer más allá de las cuerdas del ring con las cuatro patas al aire...

JOSÉ JUAN TABLADA

(Excelsior. México. D. F.)

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

La actitud de Lugones

(RÉPLICA)

[Hacemos nuestra esta oportuna y justa réplica de Sanín Cano, escritor pulcro y amigo leal. Las ofensas del Sr. José Gabriel a Lugones sencillamente son una atrocidad. Lugones es uno de nuestros mayores y más legítimos prestigios, y por lo mismo, digno del respeto y de la admiración de los buenos hijos de América, que con justicia lo cuenta entre los predilectos suyos, entre los que más la honran y sirven].

Madrid, 30 de agosto de 1923.

Señor director de «España».

Mi distinguido amigo: Como lector asiduo y ocasional colaborador del corajudo semanario tan acertadamente dirigido por usted, he deplorado la publicación de la carta de don José Gabriel en las columnas del número 384.

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la presente actitud del señor Lugones ante los problemas de política interior argentina, pareceme que no hay derecho a suponer móviles indignos en persona que ha dado siempre ejemplos de la mayor probidad intelectual. Que el señor Lugones haya cambiado de ideas, me parece tan explicable como el cambio de aspectos en la naturaleza. Cambiar de opiniones no es necesariamente cosa vituperable. Antes supone valor que carácter acomodaticio el reconocer públicamente, desafiando la animadversión de los antiguos correligionarios, que ha habido cambio substancial en nuestras opiniones. Eso constituye el timbre de honor de mentalidades tan excelsas como Ernesto Renán y Federico Nietzsche. Lo reprobable en un caso de estos sería el acompañar la transformación de beneficios personales o aceptación de títulos. La actitud recientemente asumida por el señor Lugones le acarreará, a lo sumo, sinsabores y pérdida de amistades. En cuanto a títulos y decoraciones, ya sabemos que ha rehusado aceptarlos cuando se le ofrecieron.

El mudar de opiniones sería más bien, en el caso presente, indicio de desprendimiento. Adoptando sistemáticamente una actitud política determinada y persistiendo en ella a pesar de su conciencia, Lugones, con la facilidad de su verbo, el poder magnético de su persona, su vasta cultura moderna, habría ocupado lugar envidiable entre los directores de partidos, o, a lo menos, entre los usufructuarios de la política. Ha preferido conservar su independencia manteniéndose a la vera de las necias luchas partidarias. Los que hoy le aplauden no llevarán su falta de malicia hasta imaginarse que él haya enajenado sus facultades de razonamiento. El día que desaparezca o se neutralice el peligro combatido por él, en ese momento cesará su

preocupación enfrente de las voluntades analfabetas o disolventes.

El señor Gabriel insiste en la volubilidad del señor Lugones y en lo interesado de su carácter. Conozco al señor Lugones hace más de diez años. El rasgo distintivo de su inteligencia es el desinterés. Se apasiona fácilmente por las personas y por las ideas; pero nunca le mueve en sus predilecciones una intención mezquina. Nadie experimenta más placer que Lugones en tropezar con un verdadero talento literario entre los hombres de menos edad que él.

El señor Gabriel dice que la cultura de Lugones no es española. Lo mismo podría decirse, acarreado pruebas de bulto, sobre la formación intelectual de muchos escritores españoles de la hora presente. Las culturas individuales esporádicas ya no existen; los caldos intelectuales para aislar bacterias ideológicas no se han inventado todavía. Goethe se enorgullecía de su deuda intelectual para con Francia. Antes de la guerra era usual en Francia y en la Gran Bretaña hacer ostentación de ciencia alemana. Extraños a la cultura de las naciones directivas,

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

a la influencia de las grandes inteligencias humanas, ya no quedan en el mundo más que los incapaces. De cultura española hay en Lugones lo que ella tiene de humano, de noble, de permanente.

Por un fenómeno natural de antropocentrismo, el señor Gabriel da por sentado que no hay en Argentina más inmigrantes que los de origen español. Los hay de todas las nacionalidades, y en verdad, y a pesar de su número, son los españoles menos inmigrantes, es decir, menos extraños que rusos, alemanes, sirios, y aún que los mismos italianos, cuyo número supera al de los españoles. La actitud de Lugones, que yo no comparto, no se refiere a determinada nacionalidad, ni siquiera a los extranjeros; ella cobija a todos los elementos que no aceptan o no respetan la idea de patria. Por último, es preciso no olvidar el fermento nacionalista, tercamente irracional, que se esconde, bajo las apariencias de patriotismo, en la política interior y exterior de muchos estados europeos en el momento presente. La xenofobia, alimentada con fervor en los países mentalmente perturbados por la última guerra, ha empezado a tener repercusión en América, y, por una de esas coincidencias en que se hace presente la ironía de la historia universal, ha sido la Argentina, la patria de la humanidad, el primer país americano donde el patriotismo exaltado toma las formas europeas; tal vez porque son los europeos los que han llevado allí después de la guerra la levadura de sus odios centenarios.

Le ruego que excuse la extensión de esta carta, y anticipándole mis agradecimientos por su publicación, soy siempre suyo devotísimo,

B. SANÍN CANO.

(España. Madrid).

Quien habla de la	CERVECERIA TRAUBE	se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.
Su larga <i>experiencia</i> la coloca al nivel de las fábricas análogas <i>más adelantadas</i> del mundo.		
Posee una planta completa: más de <i>cuatro manzanas</i> ocupa, en las que caben todas sus dependencias:		
CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.		
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.		
FABRICA		
CERVEZAS		ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.		SIROPES
REFRESCOS		Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-		
Prepara también <i>agua gaseosa</i> de superiores condiciones digestivas.		
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.		
SAN JOSE		COSTA RICA

Página lírica

— de —

José Santos Chocano

TRÍPTICO CORTESANO

I

Te conocí en la Corte de Francisco Primero:
Benvenuto Cellini de ti se enamoró;
y hubo no sé qué historias en que el Rey Caballero
por ti locuras hizo que hiciera iguales yo...

Lucía tu mirada más brillo que su acero;
y desde el primer lance, vencido el Rey quedó:
como en Pavía un día, rendido y prisionero,
fué sólo tuyo; pero tú suya, en cambio, no.

Benvenuto radiante, Benvenuto siniestro,
(fino artista, hombre trágico, — en todo mi maestro!)
de tal modo te atrajo que, una tarde feliz,

hasta el taller llegaste, sin que el Rey lo supiera;
y mientras tú el modelo fuiste esa tarde entera,
yo tomé mi primera lección como aprendiz...

II

Después te ví en Versalles: fué en el Triángulo pequeño.
(Reinaba el muy amado Décimo Quinto Luis).
Estabas de pastora vestida: eras un sueño...
Con tu abanico enviabas perfume hasta París...

El triste Rey, al verte, desarrugó su ceño:
tú te pusiste blanca como una flor de lis.
En mi rincón de artista, yo hacía tu diseño:
granos de sal, las manos; los pies, granos de anís...

Te confieso que entonces yo estudiaba pintura;
y en tu color tan fresco y en tu línea tan pura,
sentí a mi fantasía—o a mi amor—despertar...

Corrí al taller; y loco, sin acertar con nada,
manché, como poniendo la última pincelada,
con un beso el retrato que te hizo Fragonard...

III

Volví, andando los tiempos, a encontrarte en la Francia
estremecida bajo su último Emperador:
por la Corte de Eugenia paseaste tu elegancia,
entornando los ojos hacia una Edad mejor...

Tal, por las Tullerías ebrias de tu fragancia,
arrastrabas la cola, deshojando una flor;
e íbate yo siguiendo los pasos a distancia,
con timidez y angustia de verdadero amor...

Era yo tu Poeta: ¿tu pensamiento mío?...
Súbito, ardió el Imperio; y un brusco escalofrío
corrió en toda la Francia: yo sólo pensé en ti.

Y como ví que el trono saltaba hecho pedazos,
fué entonces que, contigo desmayada en los brazos,
me refugié en la Torre de Alfredo de Vigny!

EL MADRIGAL DE LOS OJOS TRÁGICOS

En tus trágicos ojos me parece que atizas
para darme tormento dos voraces hogueras;
que para sepultarme después hecho cenizas,
son esas dos profundas zanjas de tus ojeras...

Es así cómo, a modo del más dulce tormento,
cada vez que me miras, por lo mismo que me amas,
me torturas en forma que arrojado me siento
de tus ojos crueles a arder vivo en las llamas.

Tus ojeras me atraen a sus zanjas profundas;
y, temblando de miedo, tus miradas esquivo,
porque — como en centellas tempestuosas abundas —
al calor de tus ojos, voy quemándome vivo.

Me persigue en las noches la obsesión de tus ojos,
que ocultar entre frondas de pestañas procuras
y que son, preparándose a envolver mis despojos,
dos fogatas en medio de dos selvas oscuras...

En este hábito mío de viajar por montañas,
yo llevara mi beso — si tú un día quisieras! —
a apagar tus hogueras, a explorar tus pestañas
y a dormirse en los surcos de tus hondas ojeras...

EL NOCTURNO DE LA INCINERACIÓN

Frente a frente, esta noche, nos hemos despedido de todas nuestras cartas de amor. No fué al olvido, no fué al agua piadosa del símbolo pagano que hube de echarlas... Nunca me tembló más la mano; pero estrujé las cartas y como Brummell luego, vencedor de mí mismo, supe echarlas al fuego.

En la mesa en que un día rompí la mano mía con golpe que en el alma me duele todavía, porque desesperado no sé por ti qué haría, dentro del repujado metal de un tarjetero inquisitorialmente se improvisó un brasero. Y las cartas escritas Dios sabe cómo y cuándo, de contener un solo pensamiento nefando, por la virtud del fuego, se iban purificando...

Tú, ante mí, en pie, clavándole una intensa mirada, avivar parecías la propia llamarada en que las cartas fueron, al fin, leves despojos... ¡Trípode y holocausto! Mi fantasía alada hubo de imaginarte sibila, vestal y hada... Tal las cartas ardían al calor de tus ojos.

Trajeada tú de luto, como adorno sencillo lucías una rosa bermeja en la cintura: un ascua de mi Infierno te prestaba su brillo alumbrando de rojo tu negra vestidura...

Tus pupilas a veces chocaban con las mías. El corazón, entonces, me saltaba al Infierno de metal repujado, donde en sus agonías chispas eran las cartas; y murmurar me oías: —¡Oh, si este fuego amado llegase a ser eterno!

Lenguas de fuego azules fueron las postrimeras; y por ellas lamida, me imaginé que tú eras la Laura que en la gloria su firme huella marca en el cual cera blando corazón del Petrarca. Y al extinguirse el fuego, blanco fué el humo leve; y en él Beatriz me impuso su pureza de nieve... Beatriz, Laura... Imposibles amores de Poetas!

Y del humo en las largas espirales inquietas, me ví yo, vueltas dando, pasar contigo solo, como en el beso absurdo de Francesca y Paolo! (Pienso que nuestras almas se han fundido en un beso, proyectando en los siglos una sola figura; y nuestra unión parece tan perfecta, por eso, que sólo Dios podría notar la soldadura...)

En el instante último y más que todos triste, en carta por el suelo de reparar hubiste; y al inclinarte para cogerla apresurada, cual si Dios lo quisiera, se te cayó la rosa...

—Déjamela en recuerdo...—te supliqué en voz baja. Después... la Noche Eterna me envolvió en su mortaja. Te alejaste. ¿Hacia dónde? Sé que no es al olvido. Vas a casarte... ¡En vano! Para mí no te has ido.

Y es así cómo el fuego de la rosa bermeja que en el suelo caía tu recuerdo me deja, me está el alma quemando para toda la vida cual si fuese la brasa de tu boca encendida.

EL NOCTURNO DE LA BELLA DURMIENTE

Esta noche he pasado por tu casa. Entreabierta la ventana, te he visto de pronto en el diván de la sala... En tus ojos ha vibrado un alerta; y como adivinándome, has sentido un afán.

Al lado de tu madre, departías con unas muy amables visitas sobre un precario tema: ¿cierta malicia acaso te diría importunas palabras con motivo de mi último poema?...

En tu actitud había como el pulcro cuidado de quien tal vez pretende disimular su estado de alma con un esfuerzo que urde, al fin, un disfraz... Reparé en que, rizado como nunca, el peinado prestábale carácter romántico a tu faz.

Me hiciste impresión de una figura cortesana, que—retrasada un siglo—quédase en el salón, a descansar acaso de bailar la pavana o a suspirar por muchas cosas que ya no son...

Se te alarga el vestido; se te infla un miriñaque; y te corona linda peineta de carey... (¿Tiempo es de que mi verso del encanto te saque, para que te desposes con el Hijo del Rey?)

En la calle suspenso, quédome ensimismado viendo, de tu ventana por entre la vidriera, cuadro plástico que hace revivir el pasado en un mágico grupo de figuras de cera. Oigo que en la consola del salón encantado runrunea la antigua paloma de un reló: y no llego a enterarme de la hora que ha dado; pero se me figura que estoy soñando yo...

Un clavicordio suena... Se agita una melena... Abanicos de nácar se mecen a compás... Hay un hervor de encájes en la noche serena del luto en que, hace un siglo, como sumida estás... Reanúdase el tresillo, que en la mesa enconchada cuatro viejos señores juegan en un rincón... Agil tu madre cruza contigo una mirada: suspiras tú; y te llevas la mano al corazón...

Pienso yo en que un Pirata llegó a tu tierra un día, pienso yo en que eurolado vine en la expedición, pienso yo en que raptarte quise y hacerte mía; pero, súbito, hirviente volcán hizo erupción. ¿Muerto fuí yo? ¡Quién sabe!... Pienso en que de repente quedaste, por cien años, suspensa en tu emoción. (¿No será ésta la historia de otra Bella Durmiente, que va abriendo hoy los ojos al oír mi canción?...)

Viéndote yo esta noche, por entre la vidriera de tu ventana, siento como un golpe de mar que, en la piratería de mi alma aventurera, parece que te hiciera de pronto despertar. Despierta tu palabra, despierta tu latido y despierta el ambiente risueño de tu hogar, mientras que voy yo, en cambio, quedándome dormido cual si hubiese nacido sólo para soñar...

San José de Costa Rica, 1923.

Una candidatura simpática

CELEBRÁBASE en la capital de la progresista y culta nación chilena, el centenario de la independencia nacional, en setiembre de mil novecientos diez.

Se hallaban reunidos en aquella hermosa ciudad los embajadores y delegados de muchas naciones de América y Europa, festejando a Chile, con motivo de la gloriosa fecha que se conmemoraba.

El Gobierno de la República y todas las clases sociales tributaban a los representantes de los países amigos las mayores demostraciones de cariño y cortesía, en medio del más grande entusiasmo y alegría de las fiestas centenarias.

Todo era dicha y contento; todo placer y regocijo; los corazones palpitaban al unísono en loor de la viril y noble patria de O'Higgins, de Balmaceda y de los Mont.

Espléndidas fiestas se efectuaban en el cerro de Santa Lucía, convertido por el esfuerzo de Vicuña M'Kenna, el primer santiagueño de Santiago, en un espléndido y pintoresco paseo, rival del Tibidabo de la bella ciudad de Barcelona.

En el amplio y hermoso Parque Cousiño se había verificado una magnífica revista militar de doce mil hombres del ejército chileno, tan bien preparada y tan magistralmente presentada y desarrollada, que mereció los aplausos prolongados y repetidos de miles de espectadores y una ovación de los embajadores y delegados extranjeros allí presentes.

También nos viene a la memoria la revista naval, efectuada en el puerto de Valparaíso, en que tomaron parte buques de guerra de varias naciones. Imponente y majestuosa fué aquella manifestación, en honor de la República de Chile. Las naves estaban empavesadas y vestidas de fiesta, y flameaban al viento las banderas. Apareció a la vanguardia el Washington, de la marina de Estados Unidos, como portaestandarte, y le seguían los buques de las demás naciones representadas, España, Argentina, Brasil, Alemania, Japón y otras, que unidas a la marina chilena, ofrecían a la festejada la contemplación de un grandioso espectáculo!

Varios bailes de sociedad se habían efectuado, con ocasión de la celebración del centenario de la emancipación política. Cultísimas y elegantes damas, poseedoras de una refinada educación, llenaban los salones en que se verificaban aquellas fiestas; y ya que de ellas hablamos, siguiendo nuestros gratos recuerdos de aquellos días, se nos viene también a la memoria, una costumbre establecida en la sociedad santiagueña.

En los bailes, las señoritas que son invitadas para una pieza, salen con el caballero que ha tenido para con ellas aquella atención, cuando la música comienza a tocar; pero a poco de bailar, llega otro caballero, y durante la danza, le quita a éste su pareja; Después llega otro y hace lo mismo, y así sucesivamente, cuantos quieren hacerlo,

hasta que la música deja de tocar. La señorita que tiene más caballeros que la quiten, es considerada como más atendida.

Oímos algunas críticas, respecto de esta costumbre, y algunas bellas chilenas estuvieron de acuerdo con esas críticas; pero tal vez así se usa en otros países, o se pagará en ellos esa costumbre, puesto que puede muy bien ser del agrado de los padres de familia, como lo es en Chile.

Mas concluyamos esta digresión, y hablemos del punto principal de nuestro relato.

Había fallecido hacía poco el Presidente de la República señor Mont y también el Designado que le había sucedido en el poder; habiéndose hecho cargo de ese alto puesto, en concepto de Ministro más antiguo, el señor Figueroa Larrain, de la familia de los patriotas de la independencia, de este apellido.

No obstante que se celebraban las fiestas centenarias, y que todas las clases sociales estaban embargadas con el recuerdo de aquel suceso, era necesario proceder a la elección de Presidente de la República, conforme a las prescripciones constitucionales.

La elección debía hacerse por medio de electores, y en aquella ocasión se reunieron éstos en el Salón Principal del Palacio del Congreso.

Se hicieron varios escrutinios de los votos, y más de una vez, obtuvo mayor número, aunque no el suficiente para resultar electo, el distinguido ciudadano, Agustín Edwards, personalidad de lo más saliente por su posición social y sus dotes intelectuales y morales, y sobre todo, por su desinteresado patriotismo.

Era en aquel entonces Agustín Edwards muy joven, y gozaba, junto con el Presidente Figueroa Larrain, de las simpatías de las delegaciones. Se decía que pertenecía a una de las familias más ricas del país, y era propietario y uno de los redactores del *Mercurio*, el principal diario de la República; que su labor era meritísima y se preocupaba por

el bienestar del pueblo y la grandeza de su patria.

El señor Figueroa Larrain manifestó categóricamente desde un principio, que no aceptaba ser postulado como candidato a la Presidencia; y que se sentía satisfecho con haber sido el gobernante de la Nación en el centenario glorioso. En tal caso, las simpatías de los representantes extranjeros se concretaron por Agustín Edwards. Sin embargo, prevaleció, como debía de ser, el criterio de los chilenos, de que este candidato era muy joven, y salió triunfante en el último escrutinio de votos, con mayoría absoluta, el señor Ramón Barros Lucifora, de más de setenta años de edad y cuya candidatura hasta entonces no había aparecido.

Hace poco, el cable ha anunciado, que ha sido designado como Presidente del Consejo Supremo de la Sociedad de las Naciones, un sud-americano, el ciudadano chileno Agustín Edwards, y tan merecida cuanto honrosa designación nos ha traído el recuerdo de las fiestas centenarias chilenas, a las que concurrimos como Delegado de El Salvador, y la elección que entonces se hizo de Presidente de la República, con la más amplia libertad y altas miras patrióticas.

Y también nos han venido a la mente muchas consideraciones.

Dichoso tiene que ser un país en el que sus hijos se dedican con entusiasmo y fe al servicio de la patria; en el que los acaudalados, los hombres de acción y los de pensamiento hacen una vida patriótica; en el que, como en Chile, hay Agustines Edwards y otros notables ciudadanos, a quienes sus cuantiosos bienes materiales y la consiguiente ocupación de los negocios, lejos de impedirles ser útiles al pueblo y servir los intereses de la comunidad social, los impulsan a fines tan laudables y benéficos.

Cuando los hombres, sin distinción de clases y categorías, aunan sus esfuerzos en favor de los otros, ideal generoso, cual es el cumplimiento de la ley de la fraternidad, hoy más necesaria que nunca, y que salva de los mayores escollos a las sociedades humanas.

F. MARTÍNEZ SUÁREZ

1922

Noticiario

(1923)

Celebran todos los años, en setiembre, su fiesta los estudiantes de Colombia. Uno de los números es elegir Reina en las ciudades importantes. Los de Bogotá eligieron este año a la señorita Elvira Zea Hernández con el nombre de Elvira I.

Véanse algunas páginas alusivas a tan bella costumbre, que quisiéramos adoptaran nuestros estudiantes:

HABLANDO CON LA SRITA. ELVIRA ZEA, CANDIDATA PARA REINA DE LOS ESTUDIANTES

Ansiosos de tratar siquiera brevemente a la gentilísima señorita Elvira Zea, cuya candidatura para Reina de los Estudiantes ha venido siendo sostenida por gran número de ellos con sin par entusiasmo, y deseosos de conocer su opinión sobre tan espléndido

debate, nos dirigimos a su casa, situada en la esquina oriental de la Plazuela de San Agustín, acompañados del distinguido estudiante de Derecho de la Universidad Libre señor don Félix J. Rodríguez, quien iba a tomarle una fotografía.

La señora esposa del doctor Zea Uribe nos recibe con exquisita cortesía en la sala arreglada dentro de la más severa elegancia. Se destacan dos preciosos jarrones que adornan los confidentes. Sobre el piano, en una discreta jardinera, hay colocados cuidadosamente varios botones de jazmín del cabo que espantan embriagador aroma. En los floreros se ven también manojos de grandes y hermosos claveles rojos.

Pocos momentos después se abre suavemente la puerta y aparece la señorita Elvira, toda llena de gracia y simpatía. Viste con aristocrática sencillez. El tono de su insinuante voz, su mirada tranquila, su conversación fácil y amena, revelan una cultivada inteligencia y un espíritu delicado y ágil. Soberana tiene que ser puesto que quien la escucha y la admira se convierte en su más fervoroso y fiel vasallo. Tal es el poder dominador de sus encantos.

—Sabe usted, le decimos apenas hemos iniciado nuestra charla, que un fuerte núcleo de estudiantes ha lanzado, con ardiente decisión, su nombre para Reina y que está resuelto a poner en juego todas sus actividades a fin de realizar aquella justificada aspiración?

—Ha sido en verdad para mí motivo de singular reconocimiento esta deferencia honorosísima que sinceramente estaba muy lejos de esperar. Tengo certidumbre de que mi nombre no alcanzará el número suficiente de votos ya que de manera muy acertada se ha proclamado también candidata a la señorita Ospina, a quien sin tener el gusto de conocer aprecio por sus virtudes, su talento y su ilustración. Si he de serle franca he de decirle que antes de surgir la candidata, yo creía que se pensaba reelegir a María I, ya que posee las más altas cualidades y ya que su reinado ha contado con el aplauso unánime.

—Sin duda usted puede tener razón, le observamos, pero igualmente le asiste a los que defienden su candidatura, porque saben que usted hará un gobierno generoso, prudente, ideal...

—Yo agradezco con toda el alma estas bondades...

—¿No cree usted, señorita, que la Reina de los estudiantes, que cuenta con el cariño de sus súbditos, no debe contentarse simplemente con tan sobresaliente cargo, sino que debe aprovecharlo para adelantar una labor eficaz y permanente en bien de la juventud y de la sociedad?

Al oír esta pregunta, la mirada de la señorita Elvira adquiere mayor vivacidad. Luego responde:

—Ciertamente, cada vez que nos vayamos acostumbrando a estos torneos de irreprochable cultura y a medida que un noble interés continúe formándose alrededor de ellos, la influencia de la Reina de los Estu-

diantes tiene que ser más decisiva en todo cuanto tienda al bienestar de la juventud y de la sociedad en general. Representando la Reina de los Estudiantes uno de los poderes más generosos y temidos, el de la juventud, lógico es que no deba limitarse su acción a los que la eligen sino que en cualquier momento deba estar lista a coadyuvar en toda obra altruista que tenga por objeto combatir una calamidad colectiva y demostrarle a las clases desvalidas que la juventud no puede olvidarlas en sus padecimientos, ni en sus esperanzas.

—Y en materia de iniciativas, ¿cree usted que ellas deben partir de la Reina o de los Estudiantes?

—Opino que de ambos. La Reina necesita promover actos en los cuales por medio de conferencias culturales se fijen modernas orientaciones educacionistas y se presente oportunidad de conocer las armas intelectuales que se van ganando en nuestras Universidades; empeñarse en el sentido de que se establezcan corrientes de franco acercamiento entre los más altos centros estudiantiles de habla española; laborar porque sea realidad el Club de Estudiantes; preocuparse porque se funden restaurantes para niños pobres a quienes sus padres obligan a trabajar porque no pueden asegurarles el diario sustento mientras concurren al colegio o a la escuela; estimular el compañerismo que aleje todo sentimiento de envidia y mantenga una leal fraternidad; en general, prestar su ardiente cooperación para que nunca se quebrante el carácter altivo de nuestra juventud y sea por su amor al estudio, su dignidad y su sentido práctico el orgullo de la Patria y la conquistadora del porvenir.

—Muy laudable es su modo de pensar, pero ¿no cree usted que estos propósitos, que serán unánimemente aprobados, acaso puedan tropezar con algunas dificultades?

—¿Y qué importa? La voluntad perseverante puesta al servicio de una noble causa siempre se impone.

Advertimos que estamos distrayendo demasiado a nuestra gentil interlocutora y que es tiempo de tomarle la fotografía. Para este efecto nos dirigimos a un ángulo del corredor. Mientras se prepara la máquina, nuestro compañero, señor Rodríguez, y la señorita Elvira, inician sabrosa conversación acerca de sus viajes por Estados Unidos y Europa. La señorita Elvira adopta una de sus más sencillas y señoriles actitudes en medio de dos hermosas tazas de flores que le hacen guardia de honor. Rodríguez oprime el botón del obturador y la imagen de la encantadora candidata queda aprisionada.

Nos despedimos. La señorita Elvira nos extiende su blanca mano real y nos dice con visible satisfacción:

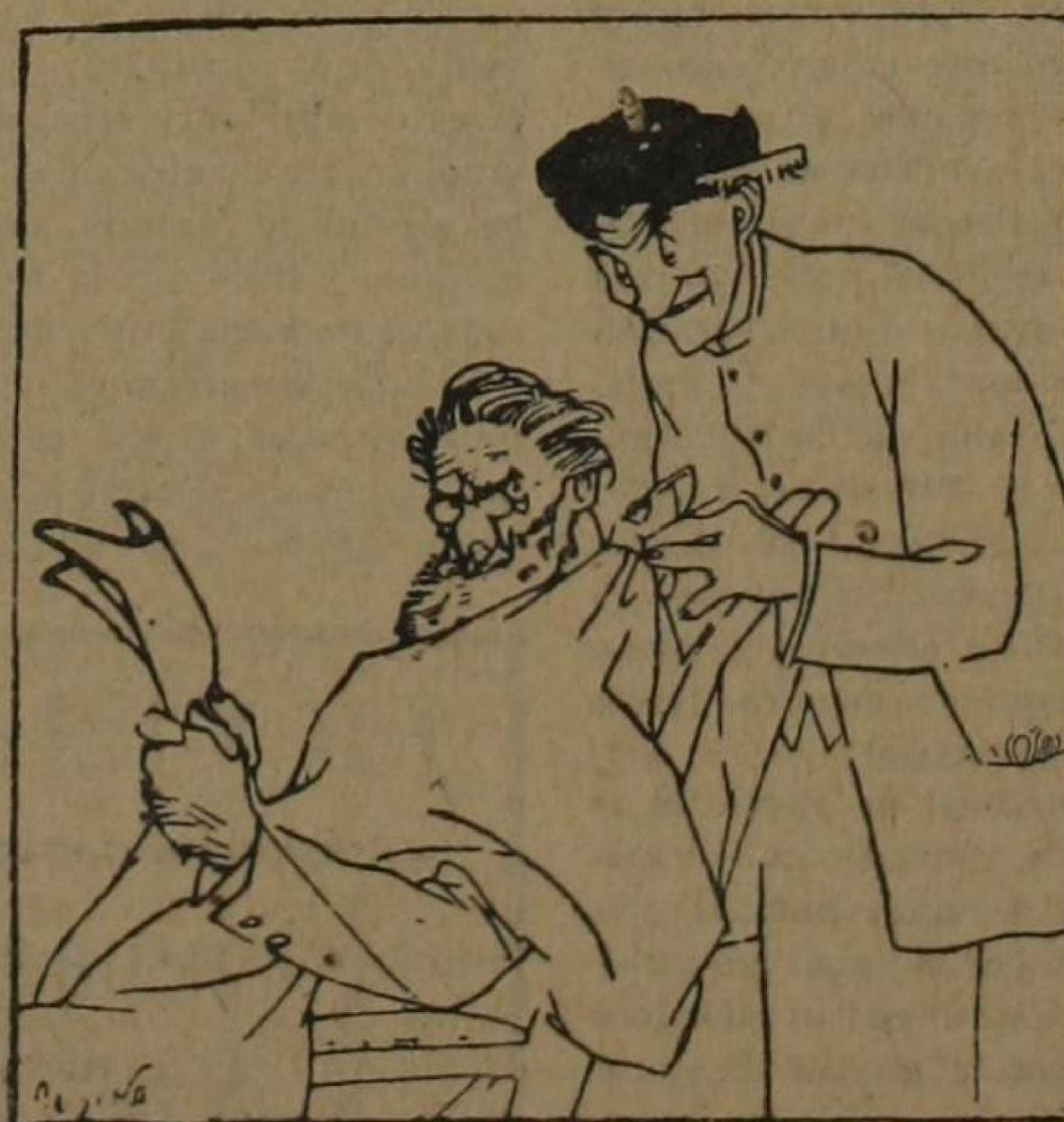
—Sírvanse expresar a los estudiantes mi infinita gratitud y díganles que, vencedora o vencida, siempre seré de ellos una amiga y más que una amiga, una sincera compañera.

MANUEL ALBERTO VERGARA

CORONACION DE LA REINA ELVIRA I

DISCURSO DEL DR. ANT^o GÓMEZ RESTREPO

Con viva emoción me presento hoy en este sitio: debo rendir homenaje de respeto a una Reina que va a empuñar el cetro, y saludar a la juventud, que, al ponerse voluntariamente bajo el imperio de una soberana tan gentil, se muestra fiel a una tradición ya consagrada, y renueva, una vez más, la generosa alianza entre la vida que empieza y la hermosura que, desde la aparición de Eva en el paraíso, estableció su trono sobre el mundo.



—Conque, vamos a ver, caballero: ¿cómo le arreglo a usted la barba?

—¡Calladito la boca!...

(Excelsior, México, D. F.)

Por GARCÍA CABRAL

La juventud no se aprecia quizás en lo que vale, cuando se goza de ella, sino cuando la vemos esfumarse en lontananza, dejándonos un recuerdo semejante al polvillo dorado que dejan en las manos las alas de una mariposa. El que desciende la cuesta de la vida, ostentando ya hilos de plata en la cabeza, pero conservando en el alma el calor de los años juveniles, se complace en dirigir la mirada hacia el vastísimo estadio en donde bullen y compiten las nuevas generaciones, anhelosas de conquistar los laureles del triunfo. Contemplación es esta que despierta en el ánimo una generosa complacencia, exenta de envidia, aunque no de cierta añoranza melancólica. Sentimos que oleadas de vida llegan hasta nosotros; y apreciamos la solidaridad que existe entre los hijos de la misma patria; unidos por fuertes eslabones, que enlazan lo pasado con lo presente y que han de continuarse en lo futuro; y si vemos que ya no es tiempo de dar forma y realización a tantos sueños dulcemente acariciados, nos conforta la confianza de que otros más afortunados lo harán con honra propia y de la patria común. Nos complace el gustar en esperanza el fruto cierto, según la amable expresión del poeta; y la simpatía, que es vínculo poderoso, nos anticipa la visión de aquel esperado momento, en que rotas las ligaduras escolares, os esparciréis por todos los ámbitos de la Nación, no como aves de tardo vuelo, que apenas pueden despegarse de la tierra, sino como enjambre de águilas jóvenes, que se lanzan a la conquista del azul celeste, llevando sobre sus alas el nombre de la patria, y en el pecho el alto estímulo de su gloria.

Ancho campo se abre a vuestra actividad. Vivimos en una época de prodigios, en que de un momento a otro vemos transformarse el mundo. La ciencia realiza lo imposible y abre a las energías del hombre rutas no presentidas. Fuerzas poderosas transforman las civilizaciones seculares. El mundo espera una renovación. A vosotros tocará tomar parte activa en este movimiento ascensional para que la patria no se quede rezagada a orillas del sendero ni olvidada por pueblos de más poderosa iniciativa. Tarea de grave responsabilidad, para lo cual debéis hacer grande acopio de fe y de optimismo, a fin de que los reveses no enflaquezcan el ánimo ni hagan vacilar la voluntad; fe en Dios, en la Patria, en vuestro destino; optimismo que disipe las negras sombras de la desesperanza, y en vez de arrancaros en los trances adversos la queja del despecho, mantenga en vuestros labios el grito animador de ¡excelsior!

La juventud es acción; la juventud es alegría. Triste de ella el día en que se asemejara al Mar Muerto, cuyas pesadas olas no copian el cielo; en cuyas aguas no se alberga ningún ser viviente; en cuyas orillas no se ve rastro de verdor! Imagen del egoísmo infecundo, de la inercia letal. La juventud debe asemejarse más bien a ese soberbio Mar Mediterráneo que arrulló la cuna de la civilización antigua, y que fué y sigue siendo poderoso vehículo de progreso y de cultura;

mar en eterno movimiento de vida; en cuyas orillas cantaron las sirenas; y que aún sigue hechizando al mundo con el ritmo armonioso de sus olas azules y elásticas, con las cuales abraza a las islas griegas y baña las costas de las grandes naciones latinas, entonando el himno eterno de la gracia y de la belleza.

La juventud colombiana, que lleva consigo los futuros destinos de la patria, no puede dejar que éstos encallen ni zozobren. Ni siquiera debe formular el terrible dilema: ¡renovarse o morir!; en lugar de este disyuntiva, debe lanzar esta afirmación optimista y rotunda: ¡renovarse y vivir!

Bien sabe la patria lo que le es lícito esperar de los arrestos juveniles cuando se ejercitan dentro de las austeras normas del deber. Debió su independencia a un coro de jóvenes caudillos, de floridos adolescentes, que en Grecia hubieran sido compañeros del invencible Aquiles; y que más felices que el héroe aquivo, realizaron una empresa más grande que el cerco de Troya; y digna de inspirar la epopeya de un nuevo Homero, la independencia de todo un mundo, para elevar sobre las ruinas del trono de los reyes, el de una deidad a quien Aquiles no hubiera sabido rendir culto: el numen de la libertad.

Para ser dignos continuadores de la obra de nuestros próceres, deben los jóvenes mostrarse grandes en las aspiraciones, modestos en la ambición personal y generosos hasta en sus errores; y magnánimos hasta en los momentos de más justa indignación. Aun en sus mayores audacias de renovación, deben poner oído atento al oráculo de la tradición, gran maestra de experiencia y guardadora de lo más íntimo del alma de la raza; y manteniendo firmes los pies en la tierra, deben tener fijos los ojos en un alto ideal, que los guíe como las constelaciones al viajero que cruza al través de vastos desiertos; porque sin la luz del ideal, la vida carece de significación y de objeto; es marcha a tientas en medio de la oscuridad; es banquete de manjares desabridos y acerbos, y en donde el vino, en vez de alegrar el corazón y desatar las alas de la fantasía, embota y entristece el alma, y hace que la frente se incline pesadamente hacia la tierra.

El soberbio arranque de uno de esos héroes juveniles; aquel «paso de vencedores», que resonó en el campo de Ayacucho, como toque funeral de la dominación española y

diana del triunfo definitivo de la libertad americana, debe seguir vibrando, como voz de orden de las nuevas generaciones, no para arrastrarlas a insensatas aventuras, sino para recordarles cuál debe ser su actitud en la lucha de la vida; a qué imperativo moral tienen que someter su voluntad, y con qué viril arrojo deben marchar a la conquista del porvenir, arrancando sus secretos a la ciencia, sus tesoros a la naturaleza y sus palmas de triunfo a la fortuna.

Testimonio de que rendís culto al ideal es este acto, destinado a colocar en el trono de la alegre República escolar, no a un despótico encadenador de voluntades, sino a una niña hermosa y discreta, emblema de la gracia y de la gentileza. Reconocéis el señorío de la hermosura, y como los caballeros galantes de la Edad Media, os declararéis «siervos libres del amor». Y hacéis bien, porque las duras aristas del carácter masculino, se suavizan al contacto con la delicadeza de la mujer, como el consistente guijarro, que pone resistencia al mismo acero, se pule y redondea con el manso rodar de las cristalinas aguas de la fuente.

Queréis una Reina, pero no tan fugaz como las que presiden los Juegos florales, y sólo imperan en el espacio de una noche de fiesta; buscáis una soberana, que comparta y estimule vuestros propósitos, aliente vuestras energías, ponga en vuestros debates la nota suave de su discreción, y de esa agudeza de juicio que es propia de la mujer, como el faro pone un rayo de luz sobre el encontrado tumulto de las olas. Le dáis un título que la humanidad, desde las épocas más remotas de la historia, ha tributado gustoso a la mujer; pues aun en aquellos tiempos en que estuvo más ajena de toda intervención en la vida civil de los pueblos, nadie puso en duda sus aptitudes de reina; y en la Edad Media española hubo princesas insignes como doña María de Molina, doña Berenguela e Isabel de Castilla, que probaron ser dignas de la confianza que en ellas puso el instinto de los pueblos; manejando ya la rueca, ya el cetro, demostraron ser tan mujeres como soberanas; y mientras hacían delicadas labores con la aguja, adestraban su ingenio para manejar los intrincados hilos de los negocios públicos y hacer con ellos una firme trama, en que quedasen aprisionados los ambiciosos y díscolos, y en la cual se labrase, armonizando todos los

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE
COSTA RICA

matices del sentimiento popular, la prosperidad y fortuna de la patria.

Y esta realeza de la mujer se extiende a las regiones del arte; pues en donde quiera que ella aparece, su figura adquiere un encanto luminoso, que embellece los sucesos más oscuros y trágicos. Parece que sale el sol después de una tormenta, cuando, en medio de las escenas de matanza y de sangre de la *Iliada*, aparece Helena, la hermosa fatídica; y a su presencia los centenarios ancianos de Troya, se conmueven y exclaman: bien merece esta mujer los largos años de guerra y las duras pruebas que por ella hemos pasado! Alégranse las melancólicas y solitarias llanuras de la Mancha, cuando ante los ojos estáticos de Alonso Quijano surge la aparición de Dulcinea, imagen del ideal, desprendido de toda escoria terrena y perseguido en vano, al través de realidades impuras, por el incorregible soñador, caballero andante de la loca fantasía. Dulcifican las ásperas contracciones de los rostros de los héroes shakesperianos y se aclara el ambiente de sus dramas, cargados de vapores de sangre, cuando se deslizan las adorables figuras de Cordelia, de Desdémona, de Julieta. Pierden su nigromántico imperio las filosofías del doctor Fausto y los conjuros de Mefistófeles, cuando resueñan las sencillas palabras de amor de la humilde y desventurada Margarita. Y en la «*Divina Comedia*», en el poema inmortal que abraza el cielo y la tierra y los abismos infernales, vemos al poeta desprenderse de su guía, el divino vate de Mantua, para seguir en pos de una doncella, de la «*donna beata e bella*», que le conduce al través del Empíreo, hasta la rosa mística, en cuyos pétalos moran las supremas virtudes, allá donde reina una mujer que es la más alta de todas las mujeres, en quien se juntan, por privilegio misterioso, los atributos de la virgen y de la madre; y en quien la especie humana se exalta hasta tal punto, que al través de las formas terrenales, se transparenta el reflejo del fulgor divino.

Habiéndome tocado en suerte dirigiros la palabra en los momentos precisos en que termina un reinado y otro se inicia, saludo a la Reina que se retira, y a la cual yo no llamaría astro que se oculta, porque la belleza no reconoce ocaso; y a la soberana que llega, y a la cual tampoco apellidaría astro naciente, porque ya ocupaba un puesto de honor en el coro de las niñas hermosas que son gala de nuestra sociedad. Yo las compararía a las dos a esas estrellas dobles que el lente del astrónomo distingue en las profundidades del firmamento y que a los ojos del espectador se abrazan de tal modo, confundiendo sus rayos de distintos colores, que dan la impresión de una sola y radiante fulguración de belleza.

Saludo igualmente la aurora de vuestra próxima fiesta, jóvenes estudiantes de mi patria; la aurora, que ha sido siempre símbolo de juventud, por su aparición consoladora y espléndida; por su generoso derroche de calor y de energía; por el impulso avasallador con que pone en fuga las sombras de

la noche y se adueña de los espacios celestes; y también por la generosidad con que esparce su luz vivificante, despertando los gérmenes vitales de la madre tierra, alegrando a los tristes, dando calor a los enfermos y ancianos y hasta penetrando en el cementerio, como si quisiera hacer palpitar los áridos huesos y devolver su brillo a los nombres medio borrados por el tiempo sobre las losas de los sepulcros. Sed vosotros así: levantaos sobre el horizonte de la patria, para que broten con mayor energía de nuestro suelo los gérmenes de riqueza y de progreso, calentando las almas egoístas y los corazones ateridos; confortando a los débiles y a los que ya se inclinan al peso de los años, y que en su día también se esforzaron por cumplir con su deber; y procurando que las glorias pasadas, que no se oponen a las vuestras, reciban el reflejo de vuestro entusiasmo, y no caigan en la oscuridad del olvido.

Como el misericordioso santo de Asís, proclamad prácticamente la hermandad de las criaturas, lo mismo del humilde gusano de luz que se enconde entre la yerba, que del sol que ilumina el espacio, y cuya refulgencia palidece ante el esplendor del espíritu humano, que sabe elevarse a la contemplación de lo eterno y de lo infinito, y que hace rodar dentro de la estrecha cavidad del cerebro el concierto majestuoso de los soles.

LOS PRIMEROS DECRETOS DE LA REINA

Real Orden

ELVIRA I,

POR LA GRACIA DE LA JUVENTUD,
REINA DE LOS ESTUDIANTES

A todos nuestros súbditos de uno y otro sexo, ordenamos:

En todos los lugares de nuestro reino haya general regocijo y nadie tenga ocupación o quehacer alguno que le impida disfrutar de las fiestas y bullicios acordados, a los cuales Nos concurrimos con nuestra Corte, Damas y Pajes, y con los señores nuestros Ministros.

Otrosí disponemos que cada uno de nuestros súbditos lleve durante las fiestas una flor en el pecho y que haya en los frentes de sus moradas banderolas o gallardetes de flores, que den testimonio de la alegría del reino.

Dado en Santa Fe de Bogotá, a los veinte días del mes de setiembre de mil y novecientos veintitrés.

Yo, la REINA

El Canciller General y Secretario de S. M.,

GUSTAVO ESGUERRA SERRANO,
Marqués de San Juan de Dios

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

LA FIESTA DE LA MADRE DEL ESTUDIANTE

Real Decreto número 2

ELVIRA I,

POR LA GRACIA DE LA JUVENTUD,
REINA DE LOS ESTUDIANTES

Decretamos:

Primero.—Ríndase en el día de mañana, por todos los estudiantes, fervoroso homenaje de gratitud y de cariño a la autora de sus días, y sea de hoy para siempre esta fecha llamada «Fiesta de la Madre del Estudiante».

Segundo.—Lleven todos nuestros súbditos que tengan su madre viva un clavel rojo al pecho; y quienes hayan tenido la desgracia de perderla, llévenlo blanco.

Tercero.—Consígnese por todos los estudiantes el pequeño óbolo de cinco centavos (5 cvs.) en las cajas que durante la semana permanecerán con tal fin colocadas en varios sitios públicos, y la suma que se recaude distribúyase por nuestras Damas de Honor, en la forma más conveniente, entre los niños pobres de la ciudad.

Dado en Santa Fe de Bogotá, a los veintidós días del mes de setiembre de 1923.

Yo, la REINA

El Canciller General y Secretario de S. M.,

GUSTAVO ESGUERRA SERRANO,
Marqués de San Juan de Dios

Real Decreto Número 4

ELVIRA I,

POR LA GRACIA DE LA JUVENTUD,
REINA DE LOS ESTUDIANTES

Decretamos:

Créase la orden de los Caballeros de la Patria, que será formada por todos aquellos de nuestros súbditos que se comprometan ante su conciencia, a enseñar durante su vida, a leer y escribir a dos compatriotas; o a iniciarlos, en defensa de la raza, en la higiene social y privada.

Dado en Santa Fe de Bogotá, a los veintitrés días del mes de setiembre de mil y novecientos veintitrés.

Yo, la REINA

El Canciller General y Secretario de S. M.,

EDUARDO ESGUERRA SERRANO,
Marqués de San Juan de Dios

Real Decreto Número 5

ELVIRA I,

POR LA GRACIA DE LA JUVENTUD
REINA DE LOS ESTUDIANTES

Decretamos:

Primero.—Decláranse terminadas las fiestas estudiantiles y a todos nuestros vasallos en la obligación de reanudar con el mayor

entusiasmo las labores literarias y científicas interrumpidas.

Segundo.—Considéranse acreedores a nuestra real y eterna gratitud a todos los nuestros súbditos, por las manifestaciones de cordial simpatía con que en todo momento nos han favorecido y por la manera singularmente caballerosa como celebraron nuestra exaltación al trono y las fiestas estudiantiles. Gratitud igual conservamos para cuantas personas cooperaron en el éxito de los regocijos que hoy terminan.

Dado en Santa Fe de Bogotá, a los veintitrés días del mes de setiembre del año de mil y novecientos veintitrés,

Yo, la REINA

El Canciller General y Secretario de S. M.,

EDUARDO ESGUERRA SERRANO,
Marqués de San Juan de Dios

(El Tiempo, Bogotá).

La popularidad

LA popularidad de los gobernantes es entre todas la más difícil de adquirir y la más fácil de perder. Un literato conquista la celebridad con un libro o con un artículo, un sabio gana la inmortalidad con un solo descubrimiento y le basta un puñetazo sensacional a un boxeador para hacerse un héroe del mundo. El gobernante tiene que hacer su prestigio entre el pueblo progresivamente, con actos repetidos de inteligencia, con pruebas cada vez más claras de acierto. La opinión es una bestia huraña y soberbia que no se doma brutalmente. El gobernante debe ofrecerle el espectáculo constante, persistente, de la inteligencia que atrae, el asentimiento de la justicia que conquista el cariño.

Pero he ahí que esa cosa tan difícil, tan laboriosa, que es la popularidad de un gobernante, se deshace dolorosamente con un solo pecado. Acaso haya en esto una injusticia, una falta de equidad, de proporcionalidad equilibrante. Y sin embargo, tal es la verdad. La popularidad sacrifica implacablemente al gobernante, con mayor rigidez, con más crueldad que la impopularidad. No hay propiamente gobernantes que gocen de la popularidad, sino gobernantes martirizados por la popularidad.

Si existiera una oración nacional como existe un himno patrio, ella debería contener esta sencilla y trascendental imprecación: Dadnos, Señor, gobernantes que sepan conquistar la popularidad; pero no nos los deis, si ellos han de ser incapaces de conservarla. Librad a nuestros mandatarios del cuarto de hora de ofuscación.

(El Tiempo, Bogotá).

Glosas

UN HERMOSO PROBLEMA

VAMOS a acariciar uno de los problemas más interesantes de la historia de la cultura.—Acariciar un problema no vale tanto como liquidarlo o resolverlo; pero siempre es algo mejor que *dejarlo en paz*... Hable en buena hora, contra los placeres del diletante, el productor fecundo. ¿A qué objeciones tendrán derecho, ante aquél, el átono, el frígido, el perezoso?

He aquí los términos en que puede formularse nuestro hermoso problema: Como el de los modernos, el arte de los antiguos—quiero decir, clásicamente, de griegos y de romanos—produjo pinturas, produjo estatuas. Se ha perdido una parte de éstas; nos queda, sin embargo, un tesoro; desde luego, lo suficiente para que hayamos apreciado y gustado en él ciertas tendencias estéticas comunes, de influjo considerable en nuestra sensibilidad. Pero de las pinturas, muy poco es lo que sobrevive. Para ordenar, sobre su carácter y sentido, cuatro nociones, debemos hoy acudir preferentemente a referencias conservadas en los documentos literarios de la época.

Pues bien, resulta, y de ahí viene la dificultad, que la estética, explícita o presupuesta, de los textos griegos y latinos relativos a la pintura antigua *no coincide*, ni se halla siquiera en relación de proximidad, con la «lección de cosas» que hemos aprendido en los mármoles y bronce de las venerandas gliptotecas. Parecen estos escultores haberse literalmente inspirado en las doctrinas de los filósofos; aquellos pintores, en los gustos del vulgo. En los primeros, el idealismo es esencial y constante; preséntansenos los segundos inspirados por el criterio más realista, hasta límites de puerilidad. Para decirlo en fórmula dislocada—pero donde acaso se compensa lo caricatural con lo expresivo—: la estética del arte antiguo, según el testimonio de las estatuas, se asemeja a la de los artistas renacentistas, en Florencia o en Roma; según el testimonio de las estatuas, a la de los «pequeños maestros» alicortos de Amberes o de Harlem.

LAS FUENTES.

TODOS conocemos desde el colegio la famosa anécdota sobre las cosas pintadas por Apeles, a cuya perfecta imitación de lo real acudiera, engañada, la gula de los pájaros; anécdota paralela, por otra parte, a aquella de la vaca del escultor Mirón, puesta en

peligro por las ilusiones de un toro—probablemente algo oftalmópata—. Pero también hemos aprendido todos muy temprano la razón de que no tengan pupilas los ojos de tanta imagen de Hermes o de Atenea, de tanto busto de filósofo o emperador: ejemplo sacrificio del carácter y de la fugaz sentimentalidad, en aras de lo genérico y abstracto, en beneficio de una eternidad que no se marchita... Cabía, pues, esperar que se compensase y corrigiese el sentido de que aquellas anécdotas tal vez bastardas, con el que trajeran textos mejores y críticamente auténticos.

Afortunadamente, éstos ya pueden encontrarse hoy en manos de todos. Desde 1868, Juan Adolfo Overbeck, sobrino del famoso pintor idealista, había publicado en Léipzig su colección: «*Die antiken Schriftquellen zur Geschichte der bildenen Kuenste*». (¡Lástima que la inapetencia constante de nuestro Menéndez Pelayo por las artes ópticas, le hiciera desaprovechar esta fuente preciosa, en el primer capítulo de sus «Ideas estéticas», demasiado exclusivamente ceñido a las teorías sobre el hecho poético!) Muy recientemente, una nueva publicación ha venido a completar este repertorio. Poco antes de desaparecer en los campos de batalla, cuando las horas confusamente trágicas de 1914, el malogrado Adolfo Reinach completaba aquel con versiones y comentarios, que ahora, por fin, empiezan a ver la luz, en el llamado «*Recueil Milliet*», con prefacio de Salomón Reinach... El curioso dispone, pues, con facilidad extrema, de cuanto nos han dejado los escritores de Grecia y Roma sobre la técnica, la estética y la historia de las pinturas que directamente conocieron o cuyo renombre recibieron por tradición.

Apresurémonos a confesar que el conjunto de estas referencias no nos ofrece una ideología demasiado superior a la que revelan la anécdota de las uvas o la anécdota de la vaca.

CANTAN LAS FUENTES

EN estas páginas y fragmentos, el prejuicio ilusionista es constante. Se da siempre por entendido que el objeto de la pintura es el *trompe-l'oeil*. «La pintura es una imagen que expresa la apariencia del objeto—escribe Plinio—; quien dice pintura dice casi ficción (*Pictura autem dicta quasi fictura*)...» Y Filostrato, en su por otro lado admirable *Vida de Apolonio de Tiana*, hace dialogar así a Apolonio con su discípulo Damis: «¿La pintura

es, pues, el arte de imitar? No es otra cosa. Si no fuese esto, no sería más que un ridículo amasijo de colores, juntos por el azar...» «El arte de la perfecta imitación», según Aristóteles. «El de representar negro exactamente todo lo que es negro, y blanco, todo lo que es blanco», según las palabras de Luciano, tan pedestes como inexatas... Horacio no se priva siquiera de canonizar el ilusionismo efectista, que tanto ha corrompido al arte moderno; así el que aconseja, por ejemplo, no mirar ciertos cuadros sino de cerca, y otros a distancia.

*«Erit quae, si propius stes.
Te capiet magis, et quaedam si longius
[abstes].»*

Apeles fué, entre los pintores antiguos, el más glorioso. Su nombre da nombre a su arte, por antonomasia. Es el arquetipo, el término tópico en toda ponderación de excelencia. ¿Qué cuentan de Apeles, qué elogios tienen para Apeles los escritores antiguos? La anécdota de las uvas no se encuentra en los repertorios; tal vez proceda de la biografía de otro pintor. Pero distintos relatos equivalen exactamente a aquélla. Alejandro, una vez, no elogia lo bastante uno de sus retratos ecuestres, de mano del pintor; pero un caballo se pone a relinchar en dirección al caballo de la pintura. «Tu caballo—dice el artista al Emperador—es mejor crítico que tú». Otro relato, alusivo a la estancia de Apeles en Rodas, le presenta sirviéndose de un trazo volante de pincel, para reemplazar una tarjeta de visita. Una escena, en uno de los sabrosos cuadros de costumbres de Herondas (descubiertos en 1891) hace hablar a dos amiguitas que visitan el templo de Esculapio en Cos; entre los *ex-votos*, encuéntrase algunos cuadritos de Apeles; las visitantes glosan en seguida su admiración: «¡Mira, querida, qué gracioso, este niño desnudo! Sus carnecitas se dirían calientes y palpitantes. Parece que, si le pellizco, va a quedar señal... ¿Y este buey? Me haría gritar de miedo... ¿Y estas pinzas? ¿No hacen el efecto de plata de veras?» Nos parece estar oyendo, propiamente, a dos burguesitas de nuestros días, que recorren y comentan una Exposición. Luego hay la historia del zapatero. Presenta éste una observación sobre la manera como está figurada una alpargata o crépida, y Apeles le escucha; se permite después una observación sobre una pierna del retrato, y el artista le chasquea. «*Ne supra crepidam sutor*»; es decir: «Zapatero a tus zapatos». ¡Donoso cuento, pero cuán mediocre doctrina!

HIPOTESIS.

VOLVAMOS ahora a recordar la perfección ideal de las estatuas clásicas y

sus ojos sin pupilas, para preguntarnos: ¿Cómo, entre escultores y pintores, tal diferencia, tanto alejamiento en la inspiración?

Tres hipótesis explicativas. No podemos hacer más que insinuarlas.

Una: la diferencia de épocas. El máximo florecimiento de la escultura pudo coincidir, en Grecia, con la madurez del gusto; el de la pintura, con su decadencia. Así es posible que ciertos comentarios traduzcan un sentir mucho menos puro que el de ciertos bronceos. Otra hipótesis. ¿Y no separaría la producción estatutaria de la pictórica una diferencia así como de «clase social»? ¿La escultura no sería, de una parte, arte público, religioso o civil, arte solemne, y de otra (en muñecas y figurillas), arte ingenuo y po-

pular, mientras que la pintura correspondía a una cierta mediocridad, a un cierto «quiero y no puedo», con más peligros por consiguiente, de caer en lo «cursi», como hoy cae en él más fácilmente el mueble de bazar que el de ebanista selecto o el de humilde carpintero de blanco? Tercera hipótesis, en fin. Acaso la estética de aquellos pintores cuyas obras están perdidas, valga más que la de sus críticos...

¿No tropezamos hoy a cada paso con prólogos o catálogos de Exposición que dicen precisamente lo contrario a lo que el pintor ha significado o querido significar en su lenguaje de líneas y de colores?

EUGENIO D'ORS

(A. B. C., Madrid).

Oficio y misión

NO han enviado ustedes nunca un reloj a componer? Yo envié días pasados el mío en una capital de provincia, pagué doce pesetas por el arreglo y he recibido el ejemplar. Ya sé que ustedes han adivinado que no anda o que anda mal. Se atrasa, en efecto; pero lo particular es que se atrasa, término medio, diez y ocho horas cada veinticuatro. Se le da ahora cuerda; son las doce del día y a las seis de la tarde quizás marque la una y media; a las doce de la noche, las tres, y a las doce de mañana, las seis. Si este retraso fuera regular aún podría servirme. Lo malo es que unas veces se para y otras anda con normalidad.

Ya sé que a ustedes le habrá acaecido algo parecido. Estarán ya habituados o habrán encontrado el mirlo blanco, que también existe, de un relojero concienzudo. El caso es que estos descuidos no ocurren tan frecuentemente en los países del centro y norte de Europa, donde tienen su sede las industrias de precisión, lo mismo las mecánicas que las eléctricas, las químicas que las de producción de aeroplanos. Y la cosa es grave. La espoleta de una granada no es más que un aparato de relojería. Una granada con mala espoleta no explota nunca o explota a destiempo, y mientras no abunden tanto entre nosotros como en el Norte los relojeros escrupulosos, el mundo seguirá siendo para los pueblos que produzcan las granadas que causen los mayores destrozos entre sus enemigos.

Vamos a las causas. El racionalista utilitario y el antiguo progresista supone que los pueblos del Norte tienen las industrias más adelantadas porque

son más listos o más cultos. Saben lo que les conviene. El éxito de las industrias de precisión depende de la escrupulosidad del trabajo. En el caso de las industrias un poco complicadas es evidente que «la honradez es la mejor política» y que el pillo se queda en tonto por pasarse de listo. El relojero mío se quedará sin clientes, y si la culpa no es suya, sino de algún obrero, será este obrero poco escrupuloso el que no encontrará trabajo o tendrá que contentarse, a la larga, con un salario de peón.

Frente a este cándido utilitarismo afirmo que el pillo no es tan tonto como le cree el progresista. Supone éste que a mi relojero le conviene hacerse concienzudo. A la larga, abstractamente, el progresista tiene razón. Concretamente puede no tenerla, y generalmente no la tiene. Si este relojero mío tuviese que atender personalmente cuantos relojes llegan a su tienda no podría continuar su partida de tresillo en el casino. Pero no es seguro que hallaría la compensación adecuada. Es posible que la composición de más de un reloj le tuviera desvelado varias noches, con quebranto de su salud. La mujer le diría todo el tiempo: «No seas primo. ¿Por qué te tomas un trabajo que tus clientes no saben estimarte?» Es casi seguro que los obreros se quejarían de que su patrón los vigilaba demasiado, y si se volvía escrupuloso, no cabe duda de que tendría que vigilarlos mucho.

A la larga, le saldría bien la escrupulosidad. Aprendería mejor su oficio, se ganaría poco a poco el respeto de los clientes con discernimiento; acabaría, si no se lo impedían los primeros contratiempos, por conquistar una

posición privilegiada. Pero la recompensa de la virtud es eventual. La prueba ha de verse en el origen de las aristocracias hereditarias, que proceden de que los pueblos pagan en los hijos los servicios que deben a los padres, y que nunca pagaron a los padres. La satisfacción del egoísmo es, en cambio, inmediata, concreta, tangible. Hasta suele ir acompañada del orgullo intelectual de no haber hecho el primo. Podrá ser tonto el pillo, pero no lo es tanto como el racionalista utilitario.

Suponer que es el móvil económico lo que crea la concienziosidad en el trabajo, es poner el carro delante del caballo. La concienziosidad es la fuente, a la larga, de la prosperidad; pero no nace meramente de una consideración económica, sino que es también hija de un mandamiento religioso. La palabra oficio no tiene raíces religiosas. Es una contracción de «opificio» y significa hacer obra. Pero la palabra oficio en alemán y en inglés es eminentemente religiosa. «Beruf» y «calling» proceden de «Ruf» y «call», que significan llamamiento. Cuando un alemán dice «Beruf» y un inglés «calling» no expresan meramente nuestro concepto de oficio, sino también el de misión o función para la que Dios le ha llamado, y no digo vocación, porque la palabra vocación significa lo que a nosotros nos gusta, y todos tenemos vocación de millonarios, mientras que «Beruf» y «calling» expresan la ocupación que tenemos—por las circunstancias—diría un fatalista; por la voz de Dios, dice un cristiano.

No quiero afirmar con ello que todo hombre del Norte sienta ahora, en 1923, su profesión como si fuera un fideicomiso que le hubiese encomendado la Providencia. Los pueblos del Norte son como piedras que todavía suben al impulso de un brazo que las lanzó hace tiempo, pero que acaso ya no existe. Las investigaciones de Max Weber han demostrado que mientras en los pueblos del mediodía y oriente de Europa se siguió considerando el oficio como una contingencia natural, en los pueblos del Norte llegó a prevalecer en los siglos XVII y XVIII—esto es, al iniciarse el industrialismo—la creencia de que las almas se salvaban por el desempeño escrupuloso de nuestras ocupaciones cotidianas, y éste es el origen de la mayor escrupulosidad profesional que uno encuentra en los pueblos del Norte, especialmente en los oficios mecánicos, y también el de la superioridad industrial de ingleses, escoceses, norteamericanos, holandeses, alemanes y escandinavos.

No sé si sería ya posible persuadir a mi relojero de que la salvación de

su alma depende de componer bien los relojes o de no cobrar la composición sino cuando realmente los compone. Si todos los relojeros españoles se convencieran de ello, es seguro que no pasarían dos generaciones sin que se trasladase a España toda la industria relojera del Jura y de Ginebra. Acaso no sea necesario infundir semejante persuasión a nuestros relojeros. Acaso bastaría con enlazar a su patriotismo la conciencia de su oficio y persuadirles de que el relojero que no ajuste los relojes con el escrúpulo debido es tan traidor a su patria como el hombre que recibe dinero de una

Embajada extranjera por defender intereses antagónicos a los de su nación.

Lo que hace falta, en todo caso, es sacudirnos la creencia de que bastará con la utilidad bien entendida para adquirir la escrupulosidad en los oficios, que sirve, a su vez, de fundamento a la prosperidad de las industrias. Ese fué el error de 1898. Nos conformamos entonces con el ideal de la técnica. Pero la técnica nace del espíritu. Y el espíritu es una cosa misma con la fe.

RAMIRO DE MAFU.

(El Sol, Madrid).

La marimba guatemalteca

EN las noches de Madrid sigue sonando este aparato patriótico de Guatemala. Siempre nos decían los de aquel dulce país: «Si va usted allí, no deje de oír la «marimba». ¡Qué maravilla!

Parecía, realmente, la «marimba», un espectáculo de la Naturaleza, algo así como una música deliciosa del mar y del viento.

La «marimba» llegó aquí; pero hasta hace noches no la he oído, porque me parecía que cuando más agradable sería su pisco-labis musical había de ser en una noche calurosa y ante las amplias lontananzas de Amaniel.

En efecto, la «marimba» resulta refrescante, estimulante, vermuteante. Es como si nos preparasen un refresco de muchas esencias y muchos colores.

En vez de decir: «Anoche oí la «marimba», dan ganas de decir: «Anoche probé la «marimba».

La «marimba» debe tener una historia maravillosa, y ha debido haber varios tocadores de «marimba» que ascendieron a las más altas categorías del país. En los ratos de ocio de todo presidente hay un poco de «marimba» de afición.

La «marimba» despacha caramelitos musicales, caramelitos de distintos colores y de distinto gusto.

La «marimba» es un aparato sindical

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impacencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

de xilofonistas, «los xilofonistas reunidos». El anfiteatro xilofónico, la mesa de redacción xilofónica, la mesa redonda del xilofonismo, son nombres que también se podrían dar a la «marimba».

La dentadura musical más prodigiosa, la dentadura de los doscientos dientes vibrantes y sensibles es la que repercute en la noche ese aparato.

—No sabe usted qué bien sabe el vino con un poco de «marimba»—dice la marquesa a su amigo de confianza.

Las parejas se lanzan a bailar al son de la «marimba», que es como bailar sobre tejados de vidrio, sobre puntigudas copas vibrátiles, sobre carambanitos musicales.

—Es un poco como bailar al son de un gramófono—me decía uno de esos descontentadizos que hay siempre.

—¿Se puede chupar uno de esos «berlingots»?—preguntaban a los de la «marimba» las señoritas ingenuas dirigiéndose al mostrador de la música.

La «marimba» el otro día tuvo que luchar en el mismo estadio con la gran orquesta vestida con las partituras de etiqueta—camisas almidonados de los atriles negros—. El conflicto pudo acabar mal. Los numerosos admiradores de Beethoven que se congregaban al pie de la colina, protestaron de la «marimba», y la «marimba» tuvo que callarse encogida, enroscada, con un temblor de toda su dorsal musical.

Dos o tres veces quiso recomenzar; pero los virtuosos volvieron a protestar y la «marimba» se tragó sus notas y se chupó los dientes.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(El Sol, Madrid).